

Claroscuro Nº 21 (Vol. 2) - 2022

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: claroscuro.cedcu@gmail.com

Título: El conflicto inter-estatal y cultural en la antigua Galilea durante la rebellion judía contra Roma: análisis de la *Vita* de Flavio Josefo.

Title: The Interstate and Cultural Conflict in Ancient Galilee During the Rebellion Jewry Against Rome: an Analysis of the *Vita* by Flavius Josephus

Autor(es)/Author(s): Benjamín Toro Icaza

Fuente/Source: Claroscuro, Año 21, Nº 21 (Vol. 2) - Diciembre 2022, pp. 1-55.

DOI: 10.35305/cl.vi21.108

Publicado en/Publisher in: <https://claroscuro.unr.edu.ar/>



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.



Universidad
Nacional
de Rosario

El conflicto inter-estatal y cultural en la antigua Galilea durante la rebelión judía contra Roma: análisis de la *Vita* de Flavio Josefo

*Benjamín Toro Icaza**

Resumen

La región y la sociedad judía de Galilea descrita en la obra menos difundida de Flavio Josefo –su autobiografía o *Vita*– nos revela que, previo al estallido de la rebelión contra el Imperio romano, la región de Galilea era un verdadero “Estado dentro de otro Estado”. En otras palabras, compartía un trasfondo étnico y religioso con el resto de la antigua Judea, pero difería en su desarrollo económico, urbanístico y cultural con el resto de las zonas del país. Ello fue debido, principalmente, por la relación histórica y particular que la región tuvo previamente durante el proceso de helenización y romanización de Galilea y con su respectivo desarrollo urbano. Todo lo anterior, forjó un ámbito de contradicciones que desestabilizó la participación de Galilea en la rebelión contra el Imperio romano en el año 66 d. C.

Palabras clave: Rebelión, Galilea, Flavio Josefo, Autobiografía, *polis*, *ethne*

*Universidad de Concepción, Chile.
E-mail: benjamintoro@udec.cl
Recibido: 15/06/2022, Aceptado: 15/08/2022

The interstate and cultural conflict in ancient Galilee during the rebellion Jewry against Rome: an analysis of the *Vita* by Flavius Josephus

Abstract

The Jewish region and society of Galilee, described in Flavius Josephus' lesser work –his autobiography or *Vita*– reveals that, prior to the outbreak of rebellion against the Roman Empire, the region of Galilee was a true “state within another state”. That means, it shared an ethnic and religious background with the rest of ancient Judea but it was different with respect its economic, urban and cultural development with the rest of the areas of the country. In other words, it was the result of the historical and particular relationship that the Galilee region had during the previous process of Hellenization and Romanization in the region with its urban development. That process forged an area of contradictions that destabilized its participation in the rebellion against the Roman empire in the 66 CE.

Key-words: Rebellion, Galilee, Flavius Josephus, Autobiography, *polis*, *ethne*

1 El *Prolegómenos* de Judea durante la rebelión contra Roma: nuevas orientaciones de estudio

Uno de los problemas particulares que actualmente tiene el especialista en la Historia de la antigua Judea, de acuerdo a Steve Mason (2016: 57), radica en que quienes investigan Atenas, Esparta, Roma o Britania comparten una misma formación, terminología y criterio en sus investigaciones. En cambio, los especialistas en la antigua Judea, deben compartir interpretaciones a partir de campos tan extendidos y diversos como son los estudios rabínicos, la teología del Nuevo Testamento, los estudios del Antiguo Próximo Oriente y las obras históricas escritas por Flavio Josefo. De la misma manera, cuando nos centramos exclusivamente en la Judea del periodo romano, existen varias peculiaridades que repercuten en su estudio, de las cuales Mason destaca principalmente dos: la relevancia de la evidencia arqueológica y la extraordinaria importancia que se le atribuye a las obras literarias de Flavio

Josefo, sobre todo en lo que respecta a su rebelión contra el imperio romano entre los años 66 al 70 d. C. (Mason 2016: 58-59).

Precisamente, estos dos ámbitos de estudios tienden a unificarse, en forma recurrente, al momento de estudiar la Judea del periodo romano, sea en el ámbito de corroborar, por medio de la arqueología, lo descrito por Josefo; o cuando un hallazgo arqueológico es interpretado a partir de algún testimonio entregado por el mismo Josefo en sus obras. De esta manera, tanto Josefo como la arqueología del periodo romano en Judea, han tendido a forjar una simbiosis historiográfica que busca verificarse mutuamente, como aconteció en sitios emblemáticos de la resistencia judía contra Roma durante la rebelión, como fueron Masada (Yadin 1967: 11, 15-17, 31-35, 41-42, 54, 97, 141, 174, 201, 211, 226-237), Gamla (Aviam 2011: 121-133) y Jotapata (Syon 2011: 134-151). Ante esa realidad, la pregunta más común y recurrente ha sido determinar qué tan confiable y exacto son los testimonios de Josefo al confrontarlo con la arqueología. Debate que sigue siendo una pregunta válida en nuestros días, pero que difícilmente ha podido ser respondida cabalmente.

Situación más paradójica si aceptamos el hecho que, precisamente, muchos estudiosos de nuestra época han criticado y reconocido abiertamente la poca fiabilidad histórica de muchos de los testimonios entregados por Josefo, particularmente en la *Guerra de los Judíos y Antigüedades judaicas*. No obstante, siendo justos, no se ha tenido la misma disposición crítica, por parte de los historiadores, cuando se habla o investiga las obras de Polibio, Tito Livio o Tácito, especialmente al momento de comprobar la fiabilidad de sus relatos por medio de hallazgos arqueológicos. Esta paradoja ha motivado que los estudiosos actuales busquen nuevos matices o temas sobre la antigua Judea que sólo toquen tangencialmente las informaciones entregadas por Josefo.

Para Berlin y Overman (2011: 1-14), por ejemplo, es preferible plantearse nuevas interrogantes sobre si la rebelión contra Roma fue un accidente de circunstancias o una empresa comunal planificada; o cuál fue la relevancia de la “prehistoria” de la revuelta judía, en lo que respecta a las dos generaciones que vivieron bajo la jurisdicción política de Roma y el control religioso de Jerusalén; o si la revuelta judía fue un evento aislado o relacionado con una serie de acciones regionales concertadas. Para Goodman (2011: 15), en cambio, más que el valor de las narrativas de Josefo como fuente histórica, le interesa preguntarse sobre el estatus de los líderes de la revuelta dentro de la sociedad judía; la ideología de los rebeldes; o las secuelas de la rebelión tras el aplastamiento por parte del Imperio romano. No obstante, sea cual

sea el tema a investigar, Josefo continúa siendo un referente ineludible de la época

Por su parte, Mason (2016: 74) establece una serie de ideas como método y procedimiento de investigación histórica para orientar una investigación centrada en la Judea romana de Flavio Josefo. La primera de ellas es *plantearse un problema histórico* que se ignora mediante preguntas específicas y plantear cómo poder dilucidar dicho problema. Si bien, este es un procedimiento que puede parecer básico dentro del trabajo histórico, muchos estudiosos tienden a ignorarlo y, en cambio, prefieren más bien partir una investigación histórica bajo una noción preconcebida en algo y buscan corroborarlo, de alguna manera, hasta que alguien le pruebe lo contrario. Con ello, se vuelve al problema planteado inicialmente sobre Josefo y la verificación o no de sus testimonios por medio de la arqueología para saber si su información era o no precisa o verdadera.

De lo anterior se desprende el segundo punto señalado por Mason (2016: 76), el saber distinguir entre la *probabilidad*, usada engañosamente por muchos historiadores en el análisis del mundo antiguo para “probar” históricamente algo, y reemplazándola por la noción de *posibilidad* de los hechos, a partir de un análisis comparativo con otras realidades de su misma época, las que puedan ser usadas también como evidencia para el análisis crítico de los hechos históricos.

Para este punto, es necesario saber cómo interpretar la evidencia histórica, por cuanto en Historia Antigua no siempre la evidencia en sí fue elaborada, en sus orígenes, con el propósito de ser usada en el futuro por los modernos historiadores como una fuente imparcial del pasado, adaptada a sus respectivos métodos de investigación. Como señala Mason (2016: 78) no se trata de entender las cosas frente a nosotros en sí mismas, sino de *ir hacia el pasado a través de él* y ver qué descubrimos o qué podemos deducir históricamente hablando. Si bien los historiadores de la Antigüedad –y Josefo en particular– les obsesionaba la *verdad* de lo que contaban (*Contra Apión* 6-14 y 47-59), dicho objetivo fue siempre más bien de carácter más moral que factual, porque nuestra concepción de la “verdad histórica” no era considerada como la parte fundamental de sus narrativas antiguas.

Ello porque la Historia Antigua, en sus orígenes, era un subconjunto de la literatura y la retórica y, por tanto, debiera ser juzgada acorde a su época, tal como hoy no nos cuestionaríamos si una canción o pintura es confiable para el estudio del pasado. Más bien, Josefo estaba interesado en plantearse preguntas morales y políticas, además de considerar el carácter particular de los variados personajes descritos en sus narraciones. Esto,

finalmente, nos conducen al último punto de análisis, el cual consistiría en saber desarrollar *escenarios explicativos* de las narraciones de Josefo porque, cuando se dispone básicamente de una sola fuente para estudiar la rebelión judía contra Roma, como es su caso, debemos trabajar más bien su *creatividad literaria* imaginando un número de escenarios históricos posibles y tratar de entender por qué Josefo escribió como lo hizo.

Resumiendo, debe *plantearse* problemas históricos que se ignoran sobre algún asunto del pasado, mediante preguntas específicas que permitan dilucidar dicho problema. Posteriormente, tratar de responder dichas interrogantes mediante un análisis comparativo con otras evidencias de su misma época, de las cuales tengamos referencias directas o indirectas (literarias o arqueológicas), estableciendo cuál puede ser la *posibilidad* de los hechos acontecidos descritos y desarrollando *escenarios explicativos* dentro de un número de escenarios históricos posibles.

2 Análisis crítico de *Vita* de Flavio Josefo y la rebelión contra Roma

Una forma de crítica histórica sobre Flavio Josefo es considerar que toda su obra historiográfica tuvo, a lo largo de su vida, un sentido apologético. Según el análisis preliminar que Luis García Iglesias hace de la autobiografía de Josefo, la *Guerra de los Judíos* era la defensa de Roma; las *Antigüedades judaicas* la defensa del pasado judío; *Contra Apión* la defensa del judaísmo contra el helenismo y *Vita* era su defensa personal por su rol jugado durante la rebelión contra Roma en la región de Galilea (García 1994: 49-50). En otras palabras, podemos resumir la obra histórica de Flavio Josefo como una justificación del imperio, una glorificación de Israel, una defensa del judaísmo y una auto exaltación personal.

Aparentemente, dentro de estas cuatro obras, existen dos en las que podría verse, una superposición de hechos que relata en torno a la rebelión judía contra Roma entre los años 66-70 d. C. En efecto, entre la *Guerra de los Judíos* (II. 430 - III.114) y *Vita* (20-411), existe un tema común correspondiente a los años 66 y 67 d. C., cuando Josefo estaba al mando de la región de Galilea durante los inicios de la rebelión contra Roma. Además, dentro de lo que García identifica sobre la metodología histórica usada por Josefo (1995: 54-55), tanto la *Guerra de los Judíos* como *Vita* dependieron de los recuerdos personales y directos del propio Josefo durante la época en que escribió. No obstante, son dos relatos escritos con quince o veinte años

de diferencia; donde uno es escrito en primera persona y el otro en tercera; en ambas obras hay claras inconsistencias de los hechos relatados, en lo referido a lo que vivió su autor durante el periodo que ejerció como gobernador en Galilea; y ambas obras fueron escritas bajo diferentes puntos de vista del autor (Meyer 2011: 114).

Por ejemplo, en la *Guerra de los Judíos*, Josefo se presenta como un supremo comandante con toda la autoridad sobre el territorio de Galilea, en otras palabras, un *strategos* enviado por el gobierno revolucionario de Jerusalén para organizar la defensa de Galilea contra la invasión romana; mientras que en *Vita*, él es sólo un enviado de Jerusalén a dicho territorio, un negociador de paz que buscaba desarmar a los exaltados y llegar a un acuerdo de paz con Roma (*Vita* 28-29). Posiblemente, según Bloom (2010: 223), estas contradicciones podrían entenderse si se considera que Josefo partió enviado desde Jerusalén como pacificador, y terminó convertido en general de Galilea por las circunstancias y los eventos que enfrentó. De hecho, uno de los investigadores más críticos sobre Josefo ha sido Shaye Cohen (2002), quien presentó uno de los primeros estudios que analiza la dicotomía entre *Vita* y *Guerra*. Para Cohen, tanto *Vita* como *Guerra* derivan de una fuente común o un bosquejo preliminar de los hechos reunidos por el propio Josefo como defensa de futuras acusaciones: un diario.

En *Guerra*, Josefo usó este diario como una defensa de Roma y una vana defensa de la clase aristocrática judía y de él mismo. En *Vita*, adoptó un formato cronológico del diario, influenciado por el deseo de Josefo de juzgar tanto a los nuevos líderes de la población judía remanente de Jerusalén, como también a los rabís fariseos sobrevivientes que se asentaron en Yamnia, según la postura de Rajak (2005: 79-98). Por lo tanto, *Vita* no es una simple revisión de *Guerra*, sino una versión reescrita de la fuente original, bajo un esquema cronológico de secuencias conocido como *hypomnema* (Crossan 1994: 121). Por ello, se plantea que la base de la obra la *Guerra de los Judíos* pudo haber sido un reporte de guerra no publicado por la corte imperial romana, con el respaldo de la dirigencia judía que colaboró con el imperio, según puede deducirse de lo contado posteriormente por el propio Josefo en su autobiografía (*Vita* 342 y 358; 363-366)¹.

¹Los *hypomnēmata* podían ser libros de cuentas, registros públicos o cuadernos individuales que servían de ayuda- memoria. Su uso servía como guía de conducta y parece haber llegado a ser algo habitual dentro de un público cultivado, como parece haber sido la corte romana donde vivía Josefo. En ellos se consignaban citas, fragmentos de obras, ejemplos y acciones de los que se había sido testigo o cuyo relato se había leído, o bien, reflexiones o razonamientos que se habían oído o que provenían del propio espíritu. Por lo

A grandes rasgos, la *Vita* de Flavio Josefo es una obra con una estructura bien particular, por cuanto es la respuesta de Josefo ante un compatriota suyo, Justo de Tiberíades, quién lo responsabiliza de haber instigado la destrucción de su ciudad ante los romanos durante la rebelión (*Vita* 336-367). Parte con una genealogía personal del autor en los que aborda a sus antepasados, su educación y su primer viaje a Roma a actuar en defensa de coterráneos suyos (*Vita* 1-16). Continúa describiendo brevemente los hechos que marcaron el inicio del estallido contra Roma (*Vita* 17-23) y la misión que se delegó, por parte de las autoridades revolucionarias de Jerusalén, de viajar a Galilea a supervisar la situación en esa área junto a otros dos sacerdotes (*Vita* 28-29). A partir de entonces, se inicia una serie de fases que involucra visitas de Josefo a las principales ciudades y asentamientos de Galilea (*Vita* 30-44), donde se preocupó de amurallar y fortalecer los asentamientos galileos ante una inminente invasión romana; Pese a lo cual, comienzan a estallar las primeras dificultades para Josefo en lo que respecta a luchas internas y violencia generalizada entre los mismos habitantes de Galilea (*Vita* 46-69).

Después el relato entra en un espiral de conflictos y luchas constantes entre Josefo con los líderes y habitantes de la región (*Vita* 64-83), los cuales cuestionan su labor o lo acusan en forma reiterada de traición o de tiranía (*Vita* 87-125; 132-136), acrecentando el número de complots en su contra (*Vita* 145-178). Posteriormente, el relato de Josefo continúa con los intentos de removerlo de su puesto en Galilea por parte de las mismas autoridades de Jerusalén (*Vita* 180-203). Continúa con los primeros choques con las tropas romanas (*Vita* 212-215), el envío de nuevas delegaciones desde Jerusalén a supervisarle (*Vita* 305-316) y el enfrentamiento armado contra otras facciones judías opuestas a Josefo, especialmente las conducidas por Juan de Giscala (*Vita* 189-203). Esto obliga a Josefo a tomar la ciudad de

tanto, constituían una memoria material de las cosas leídas, oídas o pensadas, ofreciendo tales cosas, como un tesoro acumulado, a la relectura y a la meditación ulteriores. Formaban también una materia prima para la redacción de tratados más sistemáticos, en los que se ofrecían los argumentos y medias para luchar contra un defecto concreto (como la cólera, la envidia, la charlatanería y la adulación que Josefo menciona en varios pasajes de su *Vita*) o para sobreponerse a determinada circunstancia difícil (un duelo, un exilio, la ruina o la desgracia que Josefo experimentó en Judea y Roma). Estos *hypomnemata* no se deberían considerar como un simple apoyo para la memoria, y a la que se podrían consultar de vez en cuando si se presentara la ocasión. No estaban destinados a suplantar eventualmente el recuerdo que flaquea, sino un material y un marco para ejercicios que hay que efectuar con frecuencia: leer, releer, meditar, conversar consigo mismo y con otros, tal como lo hace Josefo en varios pasajes de su autobiografía.

Tiberíades (*Vita* 324-372). Se añade el *excursus* contra Justo de Tiberíades (*Vita* 336-367) y se continúa con la trama de la última fase en la que se menciona la llegada de las tropas romanas de Vespasiano y la captura de Josefo por los romanos (*Vita* 407-413), concluyendo con ciertos datos de la vida de Josefo después de la guerra (*Vita* 414-421) y destacando el habersele otorgado la ciudadanía romana (*Vita* 422-424). De lo descrito sucintamente, surgen algunos temas recurrentes que no fueron clarificados por Josefo en su *Vita*. El primero de ellos, es la ambientación galilea donde se desarrolla la trama de su relato autobiográfico, la cual está centrada mayoritariamente en el ir y venir de Josefo por Galilea, organizando la resistencia contra Roma a través del entorno urbano que involucraba relaciones directas con otros asentamientos humanos, tales como aldeas, villorrios y otras ciudades de Galilea. El segundo tema que plantea un problema, es la constante mención genérica que hace Josefo de los “galileos” a través de los acontecimientos descritos por él y cuyo alcance es bastante difuso. Cabe señalar que el propio Josefo hizo siempre distinciones regionales entre idumeos, judíos y galileos para dar mayor colorido a sus relatos, pero los especialistas no han puesto especial énfasis en la diferenciación entre las poblaciones judías y qué papel jugó cada cual en la rebelión contra Roma (Freyne 2011: 44).

Cabe plantearse el problema basado en los dos elementos anteriores –medio urbano y etnia– para ver en qué repercutió dentro de la trama general en la revuelta galilea contra Roma que es descrita por Josefo en *Vita*. Según Hengel (1989: 9) el principal aporte de la autobiografía de Josefo radica en que su estilo demostraría que esta obra pudo ser escrita *verdaderamente* por Josefo; mientras que la *Guerra de los Judíos* fue una obra encargada y dirigida por la corte romana y la dinastía Flavia para justificar el poder de Roma sobre Judea. Por lo tanto, según este autor, es factible que, en lo que la campaña de Galilea refiere, Josefo estuviera más cerca de la verdad histórica en *Vita* de lo que estuviera en su obra más reconocida, la *Guerra de los Judíos*. No obstante, ¿puede corroborarse fehacientemente que *Vita* fue una descripción mucho más “histórica” de lo acontecido en la región de Galilea durante la rebelión entre los años 66-67 d. C.? ¿Fue, en verdad, un relato menos propagandístico y apegado a los hechos tal y cómo ocurrieron? ¿Qué rescatamos históricamente del relato autobiográfico de Josefo más allá de su creatividad literaria?

3 El concepto de *polis* en el Mediterráneo antiguo

Un concepto importante en el mundo antiguo de la época de Josefo fue el de *polis* –junto a sus términos afines de *polites* y *Politeia*– el cual fue una palabra frecuente entre los autores antiguos como Estrabón, Diodoro, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y Pausanias, quienes tendían a usar dicho concepto en varios pasajes de sus obras. Por su parte, el propio Flavio Josefo la mencionó 1.764 veces en sus obras, mientras que sus términos afines fueron mencionados 2.275 veces (Mason 2016: 112), lo cual probaría que Josefo compartió el mismo discurso sobre la relevancia de la *polis* en el entorno de la Judea romana. Esta relevancia partía de la noción básica que toda identificación de los individuos de la época, en cuanto a su origen e identidad, partía de una *polis* a la cual se suscribían (*Política* I. 2, 1253a), como fueron los casos de Polibio de Megalópolis, Nicolás de Damasco, Apión de Alejandría e, incluso, Josefo de Jerusalén (*Vita* 7); aunque muchos de estos personajes históricos desarrollaron su existencia bastante lejos de su ciudad de origen.

Cabe preguntarse si cualquier asentamiento en la Antigüedad correspondía verdaderamente a una *polis* o ciudad griega, por cuanto los estudiosos actuales han creado una serie de características basados en los modelos descritos en la Grecia clásica, específicamente según lo mencionado en *La Política* de Aristóteles. Éstas parten con la definición de una ciudad bajo la noción de una comunidad formada originalmente de aldeas que logra ser autosuficiente y disponer de un ejército de ciudadanos propio, tal como se concebía en las *poleis* griegas de los siglos V y IV a. C. (*Política* I. 2, 1225b; VII. 9, 1328b). Posteriormente, se forjan dentro de ella una serie de prácticas cívicas, instituciones o estructuras (constitución, consejo, cuerpo definido de ciudadanos, etc.), sin los cuales no podría recibir el calificativo de *polis* (*Política* III. 6, 1278a). Por otra parte, el corazón de una *polis* era usualmente el área amurallada que contenía las instituciones y estructuras centrales defensivas que, por lo general, ocupaban un sector alto del asentamiento (*akropolis*). La estructura de murallas raramente excedía uno o dos kilómetros en cada dirección y en su interior albergaba casi el 80 % de la población existente en el área (Morris 1979: 35-36).

Tal como señala Aristóteles (*Política* VII. 4, 1326a), el tamaño óptimo de una *polis* podía establecerse a partir de algunos parámetros, tales como, tener una cantidad de población idónea, pero no tan grande que impidiera mantener una ley efectiva, orden y buen gobierno. Estas ideas de Aristóteles

tendrán su base en la proliferación de *poleis* que se desarrollarán con las conquistas de Alejandro Magno y sus sucesores helenísticos, lo que condujo a una elaboración teórica sobre la naturaleza humana y su necesidad de vivir en comunidad (*Política* 1252a–1253a). Esta situación se extenderá aún más con el establecimiento del Imperio romano, donde las nuevas ciudades se multiplicarán, florecerán y competirán entre sí. En el caso de las antiguas *poleis* pre existentes, los romanos establecieron entre ellas una suerte de jerarquía en lo que respecta a su planificación y funcionalidad (Manson 2016: 126).

Existían, por ejemplo, las *poleis* ordinarias, que pagaban impuestos y que podían autogobernarse por sus propias leyes en la medida de lo posible, pero sin garantía de libertad interna; estaban las *poleis* “libres”, a las cuales se les otorgaban ciertas concesiones hasta un nivel de autonomía, lo cual implicaba un reconocimiento explícito de su ley interna y el derecho de acuñar monedas; estaban las *poleis* aliadas, las cuales disfrutaban de un tratado con Roma que les garantizaba su libertad de tributación y cierta consideración especial, tal como la tuvo la ciudad de Jerusalén en la época de Herodes (*Guerra* I. 386-402). Junto a esta triple clasificación urbana, se desarrollaron asentamientos romanos en diversas provincias del imperio que se convirtieron en colonias para veteranos del ejército (*coloniae*) o *poleis* a las cuales se les otorgó la ciudadanía romana corporativamente (*municipia*) (Mason 2016: 121; Bonnie 2007: 53-54; Edmonson 2006: 250-280).

En esos casos específicos, seguían la Ley romana, se hablaba latín y cabía la posibilidad que, bajo mandato romano, una *polis* podía cambiar de su categoría de colonia de veteranos a municipio. Una de las razones para la proliferación de las *poleis* bajo el mandato romano, es que la administración romana descansaba sobre ellas, aunque también los romanos patrocinaron la refundación de *poleis*, porque tanto las ciudades nuevas como las antiguas servían para la administración de sus intereses en todas las provincias del imperio (Morris 1979: 58-104). Los deberes de un gobernador romano en su provincia dependían del éxito en cultivar relaciones productivas con los líderes de las *poleis* en forma recíproca. Por un lado, se entregaban recursos para la construcción de obras públicas que reforzaba el prestigio de los líderes urbanos quienes, a cambio, entregaban lealtad, información y soporte en todo, desde recolección de impuesto hasta la mantención de la ley y el orden. Lo último ocurría especialmente cuando el gobernador en cuestión visitaba las *poleis* para juzgar casos especiales presentado por las autoridades locales (Mason 2016: 121-122).

Cada *polis*, pese a su pequeño tamaño, incorporaba el territorio adyacente (*chora* o *territorium*) a su entorno, en el cual vivía también un importante número de sus respectivos ciudadanos. Sin embargo, el concepto de *chora* fue un concepto sumamente flexible y podía abarcar hasta alrededor de 100 km² dependiendo de la *polis* en cuestión (Mason 2016: 124-125). Por lo tanto, *polis* y *chora* vivían en una relación simbiótica, en la cual la segunda proveía de espacio de vida, villas para los más adinerados, oferta de trabajo y recursos naturales que podían ser intercambiados en los mercados de las *poleis* (piedra, granos, madera, lana, etc). A cambio, la *polis* entregaba en retribución su identidad, liderazgo, tribunales, calendarios, festivales, entretenimiento y divisas. También otorgaba oportunidades para prestigio social y lugar de oportunidades laborales y sociales de individuos importantes, quienes financiaban gran parte de los trabajos cívicos de la *polis* como benefactores públicos o *evergetes*. (Domingo-Gygax 1994: 119-134).²

Esta descripción reflejaría que también existían diversos territorios con pueblos asociados a *polis* o ciudades que rodeaban a la población autóctona que habitaba las ciudades judías como Jerusalén, los cuales diferían notoriamente de su etnia y cultura. Sebastos, por ejemplo, fue una ciudad reconstruida siguiendo un estilo grecorromano y con templos dedicados a dioses extranjeros, por cuanto Herodes el Grande la expandió y renovó con construcciones grecorromanas, tales como una basílica, un foro, un estadio y un acueducto, trayendo seis mil nuevos habitantes y renombrándola “Sebaste”, que significa “Augusto”, en honor al emperador romano (*Guerra* I. 403). Cesarea Marítima, en la costa, disponía de las mismas construcciones, pero a una escala mayor, por cuanto esta ciudad se

²El *evergetismo* es un término introducido en 1923 por el historiador francés André Boulanger que se deriva del verbo griego *εὐεργετῶ* y del sustantivo “evergesia”, *εὐεργετισμός*, que significa “hacer el bien” o “hacer buenas obras”. En su definición original, el *evergetismo* consiste, para los miembros ricos o notables de una comunidad, en la distribución de una parte de su riqueza a la misma, aparentemente de forma desinteresada. A esta persona benefactora o altruista se la llama “evergeta”. Complementa en arte al *clientelismo*, que era el vínculo individual y personal entre el patrono (latín *patronus*) y sus clientes (latín *cliens*) como fue el caso en la Antigua Roma. El *evergetismo* no era lo mismo que el *clientelismo*, ya que no tenía como intención el ganarse el favor de los clientes o conciudadanos, sino el de realizar agasajos colectivos. El donante se sentía importante, respetable y ganaba prestigio, especialmente en una época en la que los hombres ricos y poderosos eran también los cultivados y los gobernantes. Donar a su ciudad grandes obras públicas era una forma de demostrar su fortuna a su propia ciudad, como forma de engalanar la casa propia ya que los que realizaban las donaciones eran los mismos que gobernaban la ciudad (Veyne 1995: 82-85).

convirtió en la sede del prefecto romano poco tiempo después de su fundación y la capital administrativa a comienzos del año 6 a. C. (*Guerra I.* 411-416).

Situación parecida puede deducirse a partir de la evidencia arqueológica, rescatadas en otras ciudades de la época en el Antiguo Próximo Oriente, las cuales fueron romanizadas y algunas incorporadas directamente a la administración romana (*Guerra II.* 80-100). La consecuencia inmediata de esta situación, para la población judía, es que la idea de “diáspora” –entendida como la dispersión de la población judía dentro de un entorno mayoritariamente pagano– puede decirse que nació en el mismo territorio de Judea durante la época romana. Especialmente, cuando un grupo de judíos se asentaba dentro de urbes paganas como Gaza, Ascalón, Cesarea o Escitópolis, y pasaban a convertirse en minorías dentro de un entorno pagano³.

3.1 El desarrollo urbanístico de la Galilea antigua

El estudio arqueológico de la región de Galilea puede ser considerado como bastante reciente, por cuanto data desde la década de 1970 hasta la fecha. Las primeras investigaciones se centraron más en el periodo tardo romano y bizantino, para posteriormente centrarse en la rebelión judía del año 66 d. C. y en el surgimiento del movimiento cristiano (Reed 2006: 31-33). De la misma manera, puede identificarse diferentes corrientes entre los estudiosos, destacando la de Seán Freyne, centrado principalmente en la investigación basada en los datos arqueológicos de Galilea y la reconstrucción que hacen de ellos los mismos arqueólogos; y la de Richard Horsley, quien se

³Si bien una *polis* podía permitir, desde la época helenística, la afiliación inmediata a un *ethnos* determinado, muchos de sus habitantes podían no tener relación con ese *ethnos* específico e, incluso, llegar a tener un alto contingente de población extranjera cuyas familias pudieron haberse establecido en una *polis* por generaciones e identificarse con dicha ciudad y aspirar a cierto grado de ciudadanía. Tal situación llegó a ser bastante problemática para los judíos quienes, sea por ser mayoría o minoría dentro de una urbe, no podían aceptar otros templos paganos, unirse a festivales foráneos, sacrificar a dioses locales, compartir sus leyes ancestrales con otros pueblos o consumir alimentos no aceptados por su religión. Pese a ello, existieron decretos en varias *poleis* orientales que otorgaron beneficios a la comunidad judía con exenciones específicas mediante decretos o gracias entregadas por personajes como Julio César, Marco Antonio y Augusto. Pero cuando estalló la rebelión judía contra Roma, las comunidades judías de ciudades como Antioquía, Escitópolis, Cesarea y Alejandría fueron hostigadas, perseguidos e, incluso, asesinados por parte de la población local quienes vinculaban a esas minorías locales con la de sus congéneres revolucionarios que, a su vez, habían masacrado a los no judíos dentro de sus asentamientos.

centra más en el perfil histórico y sociológico de la población de la antigua Galilea. Ambas corrientes han aportado en el conocimiento del poblamiento urbano de la antigua Judea. No obstante, cabría señalar si las ciudades judías durante el período romano, como Jerusalén y otras de Galilea, podrían calificarse como *polis* tradicionales.

Para empezar, desde las conquistas de Alejandro Magno y del Imperio romano, las ciudades del Mediterráneo oriental perdieron mucho de su autonomía, porque pasaron a ser parte de una entidad mayor como fue la administración centralizada imperial del caso. En vista de lo anterior, habría que partir, nuevamente, entendiendo qué fue lo que los propios autores antiguos etiquetaron como “*polis*”. El principal problema es que dicho término griego parece haber sido usado en forma indiscriminada para designar a Estados, pueblos, países, territorios, comunidades políticas, áreas urbanas centrales, municipalidades y villas (Mason 2016: 121 y 134)⁴. A lo anterior debe agregarse la escasez de información sobre las estructuras internas y actividades de muchas de las *poleis* del Antiguo Próximo Oriente, al igual que las descripciones urbanas que realizó el propio Josefo sobre la antigua Judea y que todavía son motivo de debate⁵.

⁴De acuerdo a Hengel (1989: 10), uno de los aportes de *Vita* es que, precisamente, nos ofrece una mejor visión de la estructura rural y de la vida de los pequeños poblados de Galilea al comienzo de la rebelión judía, además de un panorama bastante claro de las complicadas relaciones sociales que existían con respecto a la autoridad de Jerusalén sobre dicho territorio. Sin embargo, Josefo parece ser más reflexivo en su distinción entre *poleis* respecto a “villas” (*komai*) y en su descripción de Galilea asume una distinción entre la población rural galilea propiamente tal con respecto al de los habitantes de una *polis* de la región (*Vita* 30). No obstante, el propio Josefo terminó mezclando ambos conceptos en forma reiterada: en *Vita* 188 distingue tres *poleis* en Galilea, entre varias aldeas; en *Vita* 235 contabiliza 204 *poleis* (i) y villas en total; pero Jotapata y Yaffa son villas en *Vita* 188 y *poleis* en *Vita* 332; Gabara es *polis* en *Vita* 123 y 235, pero una villa en *Vita* 229. Quizás la explicación de esta mezcla de conceptos radica en que las villas fueron consideradas también como parte de los territorios de las respectivas *poleis* en Galilea.

⁵Mason (2016: 243) reconoce que, desde el sur del país hasta su frontera norte, era factible reconocer tres largas regiones ubicadas en la zona rural montañosa: Idumea, con sus *poleis* de Marisa y Adora; Judea, con la *polis* de Jerusalén y que incluía varias *poleis* o centros regionales (toparquías) en su larga *chora*; y Samaria, cuya principal *polis* del mismo nombre, había sido dañada por la conquista asmonea (110 a. C.) y reconstruida por Herodes el Grande, quien la rebautizó como Sebastos, en homenaje a Augusto. Por el otro lado, a lo largo de la costa occidental existían una serie de *poleis* independientes, cada una con su propia identidad, historia, leyes, calendarios y costumbres, rodeados por una extensa *chora* de 6 a 10 km (Rafia, Gaza, Ascalón, Azotus, Jamnia, Joppa, Apolonia, Dora, Ptolomaida y Tiro). Al noroeste de Samaria se erigieron diez ciudades griegas

Además, el impacto de la administración provincial romana, a partir del desarrollo urbano en la provincia de Judea, ha sido interpretado desde dos extremos. Según Isaac (1990: 151), no hay duda que hubo un incremento de ciudades bajo el mandato de Roma, pero el rol del Imperio romano en la fomentación de esta política urbana en la región puede ser motivo de duda. Por una parte, parece que ésta no fue una política imperial romana, sino una adaptación más bien práctica de lo que se había desarrollado anteriormente por los reinos helenísticos, cuya política Roma sólo continuó a través del tiempo, según describe Applebaum (1989). Por otro lado, también parece ser que los romanos no tenían particular interés en la urbanización de las provincias, como se vio en Judea, sino la organización de los gobiernos locales –especialmente dirigidas por las clases altas o adineradas– los cuales tenían una responsabilidad financiera para con el imperio en la administración de los territorios asignados a ellos por parte de Roma (Bonnie 2007: 55).

Existió una política previa de urbanización de Judea bajo la administración de Aulio Gabinio (*Antigüedades XIV. 88; Guerra I. 166*) y que incluía la refundación de Samaria, Azotos, Escitópolis, Antedón, Apolonia, Jamnia, Rafia, Marisa, Adoreos, Gábala, entre otras; pero se ignora los motivos de dicha política urbana pese a que Josefo especifica que fueron pobladas por colonos (Isaac 1990: 152; Berlin 2005: 422). El próximo proyecto urbanístico romano fue la fundación de las colonias de veteranos en Beritus y Heliópolis-Baalbek, donde, en la segunda, se han encontrado inscripciones datadas de la época de Claudio y Nerón⁶. No obstante, tanto Herodes como los dos Agripa, contribuyeron con sus propios fondos en la construcción de edificios públicos en Beritus. Todo lo cual evidenciaría la diferencia básica entre las actividades de los reyes clientes, con respecto al

independientes –Decapolis– pese a que nunca conformaron una federación, puesto que, al igual que las *poleis* de la costa, cada cual tenía sus propias tradiciones e historia.

⁶Isaac considera que hay un notorio espacio de tiempo, tanto en Beritus como Heliópolis, entre el establecimiento de los asentamientos y los primeros documentos epigráficos de dichos lugares. Cabe señalar que ambos cumplieron el rol de asentamientos de veteranos y actuaban como guarniciones para asistir en caso de ataque de tribus hostiles de la región. Sin embargo, Isaac considera (1990: 153-154) que estas colonias militares representaban más bien focos de lealtad cercanos a área hostiles para Roma, como también una base de operaciones para unidades armadas en cumplimiento de su deber, tal como lo revela una inscripción que rememora una campaña contra los iturianos el 6 a. C. hallada en Heliópolis. Además, la cantidad de material epigráfico encontrada Heliópolis es muy abundante y puede servir de modelo para hacerse una idea de otros asentamientos de veteranos de Judea, por cuanto los veteranos dejaron su impacto cultural, manifestado en inscripciones latinas que fueron numéricamente mayores que las halladas escritas en griego.

de la autoridad provincial romana durante el siglo I d. C., reflejando en que varios de esos proyectos de mejoramiento urbano corrieron por parte de las autoridades locales y no de las romanas (Isaac 1990: 153)⁷.

Bajo ese punto de vista, y a juzgar del material epigráfico rescatado, las autoridades romanas tuvieron una directa responsabilidad en la construcción de caminos, en la delimitación de fronteras y, ocasionalmente, en el suministro de agua mediante la construcción de acueductos. Las inscripciones sobre edificios públicos a menudo incluyen los nombres del emperador, del gobernador o de ambos como norma. Sin embargo, no existe evidencia sobre erecciones de edificios públicos en ciudades por parte de las autoridades imperiales. Más bien, las inscripciones del caso reflejarían que la intervención imperial en dichas construcciones no fue más allá que la aprobación formal a dichas edificaciones. Ninguna ciudad nueva fue construida en Judea en el siglo I d. C. y, pese a que muchas comunidades recibieron el estatus de ciudad por parte de la autoridad imperial, el desarrollo urbano fue más bien responsabilidad de sus propios habitantes. Por ello, Roma no promovió el desarrollo de ciudades en Judea como una demostración del avance de su civilización en la región; dicha tarea lo hicieron sus reyes clientes en Judea (Isaac 1990: 159).

⁷De acuerdo a Isaac (1990: 154-158), la política de desarrollo urbanístico romano en Judea siguió un derrotero semejante a través del tiempo y se reforzaría después de acabada la rebelión de los judíos en el año 70 d. C. Bajo Vespasiano se privilegió la construcción de vías o caminos y solo la ciudad de Gerasa refleja un patrón nuevo de planificación urbana datado en el siglo I d. C. Dichos cambios urbano fue desarrollado, aparentemente, por el gobernador de Siria designado por Vespasiano, pero no hay indicios que el trabajo fuese iniciado por las autoridades imperiales. Además, muchos de sus edificios públicos de los siglos I y II d. C. carecían de características romanas, lo que confirmaría que fueron construidas por sus propios habitantes. Por otro lado, Jerusalén quedó en ruinas, mientras que Neapolis y Joppa fueron denominadas ciudades flavianas, al mismo tiempo que Cesarea Marítima fue reconocida como colonia, aunque tampoco hay evidencia de alguna actividad de nuevas construcciones públicas. Por otra parte, durante la época de Trajano se fortaleció el sur de Palestina, con la conquista del reino nabateo y, bajo Adriano, se fortaleció la red de caminos de Judea entre los años 120 al 130 d. C., al igual que en Arabia y Siria. Pero en lo que refiere a construcciones de ciudades, salvo el caso de *Aelia Capitolina*, no hay evidencia de desarrollo urbanístico, sino más bien erecciones de monumentos y arcos en homenaje a su persona. También se construyeron acueductos, pero este tipo de construcciones eran trabajos de los legionarios romanos acantonados allí; no de la corte imperial romana. Finalmente, en la época de Séptimo Severo, sólo destaca la reconstrucción de la ciudad de Sebastos que recibió la categoría de colonia romana, pero ello se debió también al esfuerzo de sus habitantes quienes tuvieron el mérito de erigir nuevas edificaciones que llamaron la atención de las autoridades imperiales.

En lo que respecta a la región de Galilea, la situación es más compleja, por cuanto esta región no formaba originalmente parte de la antigua Judea, sino que fue conquistada por la expansión asmonea en la época de Hircano I (135-05 a. C.) y después por Alejandro Janneo (104-78 a. C.). Según Aviam (2013: 11-12), la destrucción o abandono de varios sitios con restos de cultura helenística sería una prueba de la conquista asmonea de dichas zonas. De la misma manera, se probaría que la mayoría de la población original pre-asmonea, tanto de la Galilea superior y la mitad norteña de la Galilea inferior, eran de origen extranjero, según lo evidencia el uso mezclado de objetos y símbolos de culto egipcios y fenicios. Posteriormente, vendría un reasentamiento de población judía, producto de la política de “purificación” del territorio llevado a cabo por los reyes asmoneos, en su afán de reconstruir las fronteras del antiguo reino davídico⁸.

Si bien con la llegada de Herodes el Grande, la Galilea quedó un tanto abandonada en lo que respecta a construcciones –por cuanto Herodes nunca perdonó un intento de rebelión de la población galilea en su contra, lo cual es corroborada por la ausencia de restos arqueológicos de importancia durante esta época– ello cambió radicalmente con sus herederos (Aviam 2013: 16). Tras la muerte de Herodes el Grande, Herodes Antipas asumió la tetarquía y eligió la ciudad de Séforis como su capital, tomando en cuenta que dicha ciudad era la más importante urbe judía de la región. Después, él fundaría una nueva capital que, en sí, era un puerto al mismo tiempo, Tiberíades, reemplazando la antigua capital como centro económico de la región (Liebner 2009: 180-191).

Ambas ciudades compartían instituciones y gobernanza municipal pero lo llamativo es que ambas ciudades compartieron también construcciones afines a esta política de implantar un estilo helenístico o romano realizado, inicialmente, por Herodes el Grande y continuado por sus herederos. No

⁸Aviam (2013: 15) establece que cuatro sitios excavados de la Galilea asmonea y el Golan (la fortaleza de Qeren Naftali, la ciudad de Gamla con su industria de olivos, la ciudadela de Zippori y el puerto de Migdal) son un reflejo de esta política de invertir en la Galilea para transformarla en un territorio judío. Esto también se reflejaría en el hallazgo de monedas asmoneas dentro de esta área, como también de piscinas rituales o miqwaót en tres de las cuatro esquinas de Galilea (Zippori, Gamla y Qeren Naftali), lo cual sería un reflejo del nuevo fenómeno de repoblamiento judío en la región. Lo mismo podría señalarse de la existencia de un puerto en Migdal, que reflejaría otra iniciativa real asmonea alrededor del Mar de Galilea. Este puerto habría sido construido por su relevancia para la capital asmonea de la región, Genneser, la cual fue vista como fundamental para demostrar el interés económico y social de instaurar una nueva capital en un “nuevo” territorio judío.



Figura 1: Plano de sitios arqueológicos de Galilea durante el siglo I d. C. (Reed 2006: 31).

obstante, sólo Tiberiades adquirió un aspecto más “imperial”, mientras que Séforis, al menos en el siglo I d. C., habría tenido un aspecto más “rústico” (Weiss 2007: 386 y 407-408). De acuerdo al propio Josefo, tanto Séforis como Tiberiades fueron ciudades construidas específicamente para ser parte del aparato administrativo de Herodes Antipas (*Vita* 30-36, 278-296, 300 y 381). Pese a que Josefo no nos proveyó de una descripción acabada de su topografía urbana, Weiss (2007: 385) sostiene que los modernos estudiosos han tendido a ver ambas ciudades tuvieron similares estándares, autonomía, territorio, población judía y construcciones públicas que servían a las necesidades de su población.

Por ello, es interesante la comparación que hace Reed (2006: 100) entre las ciudades de Séforis y Tiberiades, en Galilea; con la de Ostia y Pompeya, en Italia. Las cuatro fueron ciudades contemporáneas, en relativo buen estado y todas pertenecían al contexto del mundo mediterráneo, un punto que también respalda Weiss (2007: 404-405). El estudio de la extensión de sus

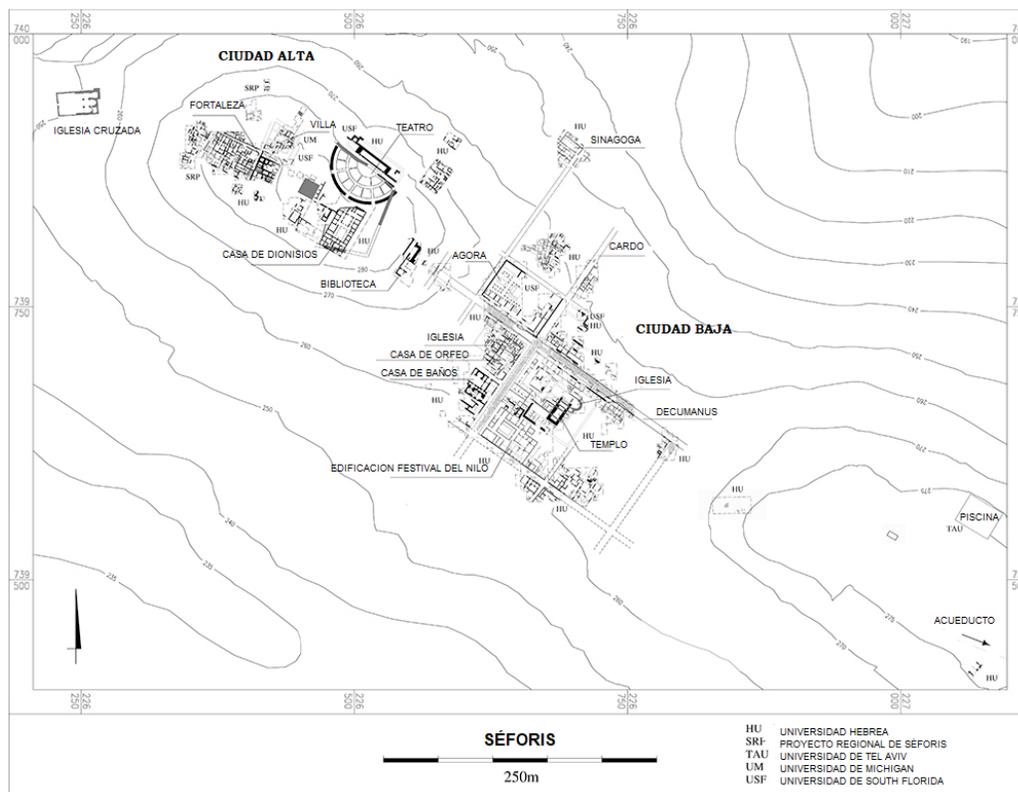


Figura 2: Plano arqueológico de la ciudad de Séforis <https://www.baslib.org/new-encyclopedia-archaeological-excavations-holy-land/0/0/136/sepphoris>

ruinas puede dar indicios sobre la densidad de sus poblaciones respectivas. En el caso de Séforis, esta ciudad se extendía por una superficie de 100 hectáreas (50 intramuros y 50 extramuros) y contaba con un conjunto habitacional de 150 m², tomando en cuenta que el de Pompeya era de 100 a 250 m², lo que hace que su densidad demográfica fuese muy semejante. Por tanto, si se calcula unas 150 personas por hectáreas, da un total de población de unos 8.000 a 15.000 habitantes en Séforis⁹. Séforis, además, estaba en el

⁹La Séforis mencionada por Josefo en varios pasajes de *Vita* poseía estructuras típicamente romanas en su arquitectura, de los cuales McCollough destaca el Cardo Maximus (2013: 50-51), el teatro romano (2013: 52-53) y la basilica romana (2013: 54-55). Pese a que estos tres elementos son típicamente romanos, ninguno de ellos se concretó antes de la rebelión del año 66 d. C. sino en los años posteriores a la rebelión judía (Weiss 2007: 397). Por otro lado, la ruta principal que comunicaba el puerto de Ptolomaida con Tiberíades y el Mar de Galilea, pasando por Séforis, fue construida después del

corazón de Galilea rodeada de aldeas (*Vita* 346), desde donde convergía la principal ruta Este-Oeste desde Ptolemaida en la costa mediterránea, hasta Tiberíades en el Mar de Galilea y también era el punto terminal del camino montañoso Norte-Sur que partía desde Jerusalén¹⁰.

Por su parte, Tiberíades tendría unos 15.000 habitantes (80 hectáreas) y, aunque no poseía tantas hectáreas como Séforis, hay que considerar que muchas de aquellas hectáreas no han sido todavía excavadas por los arqueólogos (Weiss 2007: 388). Al igual que otras *poleis* grecorromanas, Tiberíades contaba con asamblea de ciudadanos (*Guerra* II. 618), consejo de 600 ciudadanos encabezados semejante a la *boule* griega (*Vita* 64, 169, 284), por un arconte o archon (*Vita* 134, 271 y 278) y un consejo de diez personas o *deka protoi* (*Vita* 64-65, 69 y 296)¹¹. También existían construcciones públicas como un *stadium* situado cerca de la costa (*Vita* 92 y 331), que aparentemente servía también de hipódromo (Weiss 2007: 390) y una sinagoga (*Vita* 277 y 280) para albergar a una gran cantidad de personas. Además, destacaba por la construcción de un gran palacio (*Vita* 65-69) y fortificaciones que datarían de la época de la rebelión, de las cuales los arqueólogos han rescatado dos torreones que servían de entrada principal a la ciudad (Weiss 2007: 388-389).

En términos de materiales de construcción, usados durante la etapa temprana de la construcción de estas ciudades, sólo se emplearon materiales locales o de los alrededores, tales como piedra calcárea, basalto de canteras

aplastamiento de la rebelión judía del año 70 d. C., lo cual implica que cualquier transporte de infraestructura para un comercio de relevancia en la Baja Galilea, sólo se produjo a finales del siglo I d. C. En otras palabras, parece ser que Séforis fue más bien un epicentro de comercio interno de la región galilea más que uno externo en la época de Josefo.

¹⁰Ptolemaida cambió de categoría a colonia para servir de ayuda a la política de protección romana en caso de ataque de rebeldes judíos, ayudando a controlar la región según lo evidencia el mismo Josefo al tratar de atacar a dos cohortes romanas acantonadas para incendiar aldeas galileas (*Vita* 213). Otra medida de prevención romana fue entregar Tiberíades y Tariquea al rey cliente Agripa II, cosa que provocó el rechazo y la ira del acusador de Josefo, Justo de Tiberíades, quien pertenecía a la “aristocracia” de la ciudad y soliviantó a las masas a revelarse (*Vita* 32-42).

¹¹Cada *polis* podía poseer una asamblea (*ecclesia* o *demos*) que podía cumplir diferentes roles, sea como una suerte de distrito electoral tribal; un consejo deliberativo (*boule*), el cual podría haber derivado a un consejo de ancianos (*gerousia* o *senatus*); una junta ejecutiva; o una autoridad individual deliberativa (*archon*, *decaproti* o jefe sacerdotal). Además, poseía varios magistrados y sacerdotes para la supervisión del culto cívico. De esta manera, sobre todo en el periodo helenístico y romano, cada *polis* pudo desarrollar sus propia calendarización, festivales religiosos e, incluso, acuñación de monedas (Mason 2016: 124).

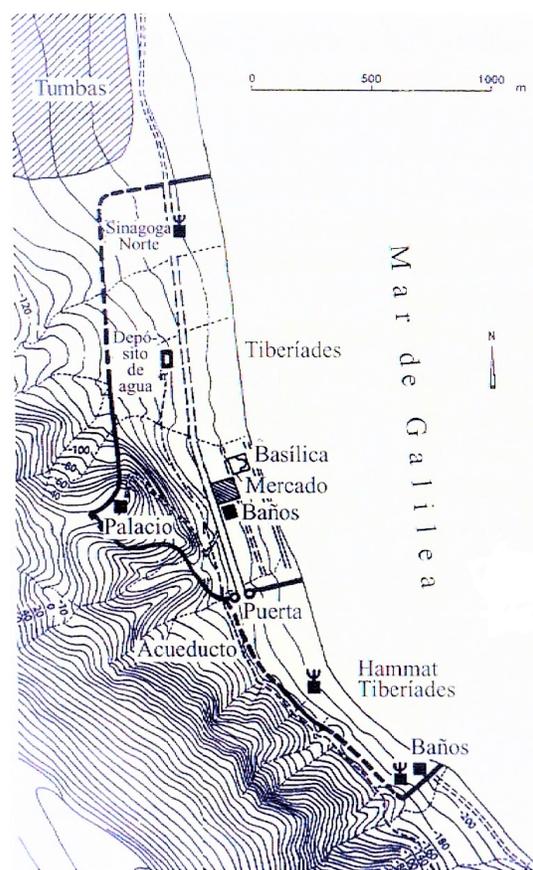


Figura 3: Plano de la ciudad de Tiberiades (Reed 2006: 108).

locales, telas para mosaicos, piedra caliza y otros exportados desde Grecia como el mármol (Reed 2006: 120). Lo cual confirma la información entregada por Josefo (*Vita* 38) quien señala que Séforis era proveída de recursos provenientes de los villorrios que la rodeaban. Esto reflejaría, según McCollough (2013: 54), una relación complementaria bastante positiva de intercambio entre la ciudad y las poblaciones rurales que la rodeaban y que constituían, como veremos, de la *chora* de las ciudades galileas. Tal como lo evidencia la cerámica proveniente de Kefar Hananya y los cuencos y jarros de piedra de la aldea y llanura de Shikhin, identificada por Josefo como Asoquis (*Vita* 207, 233 y 384), y que fueron encontradas en toda esta área.

Con respecto a otros asentamientos menores de Galilea, como Gabara (*Vita* 42, 44 y 349) y Jotapata (*Vita* 188, 234, 332, 350, 357, 412 y 414), estas tenían entre 10 y 5 hectáreas respectivamente. La primera era una

aldea y la segunda estaba amurallada, por lo que la población se calcula entre 1.000 habitantes en Gadara y 2.000 en Jotapata. De acuerdo a Reed (2006: 106-109), si el asentamiento no estaba amurallado en el siglo I d. C., ello rebajaba su densidad de población porque su crecimiento encuentra un “acomodo orgánico” con la construcción de nuevos edificios en la periferia. De estos datos pueden deducirse que la Galilea del siglo I d. C. experimentó un gran desarrollo demográfico, el cual no implicó que se abandonasen los campos para vivir en ciudades, sino más bien cambios en el esquema de la producción agrícola y desarrollo urbano (Reed 2006: 111)¹².

La información sobre la urbanización de la Baja Galilea sería una prueba que esta zona durante el siglo I d. C. estaba, según Overman (1988: 165-168), sumamente urbanizada y tan densamente poblada como en cualquier otro lugar del Imperio romano. Por ende, ciudades, aldeas y otros asentamientos rurales formaban una eficiente red económica y administrativa nunca antes vista en la región de Galilea (Reed 2006: 125). Así, la proximidad geográfica y la densidad demográfica de la región constituía una *continuidad* y no un *antagonismo* cultural entre sus habitantes. Por ende, cualquier rivalidad generada, por ejemplo, entre Séforis y Tiberíades, como la mencionado por Josefo (*Vita* 32-42), parece haber sido resultado de causas políticas y no de una brecha cultural entre ciudades¹³.

¹²Antiguamente, en la Galilea se realizaba una práctica de barbecho bianual de los campos que permitía autosuficiencia y reciprocidad entre los campesinos a partir de policultivos de productos. Con el surgimiento de las ciudades y el aumento demográfico, particularmente en la época romana, se intensificó la agricultura de monocultivos que permitía aumentar la producción y satisfacer las exigencias mediante impuestos (Reed 2006: 114-115). Todo ello motivó también aprovechar los valles fértiles de Galilea y levantar más aldeas o pueblos cuya población promedió entre 8.000 a 10.000 habitantes (Reed 2006: 117).

¹³Esta política podría verificarse con un estudio demográfico de la región de Galilea, el problema es que no ha sobrevivido ningún censo o algún documento epigráfico referido al número de su población. También las cifras dadas por el propio Josefo se atienen a múltiplos del término *myrias* o *miríada* para referirse a un gran número de individuos en torno al número 10.000 y, por tanto, carecen de credibilidad. Ejemplo de ello está la mención del número de aldeas en Galilea dada por Josefo (*Vita* 235) que calcula unas 204 aldeas y ciudades que fácilmente podría establecer una población galilea de unos 3.000.000 de habitantes (?). Estudios demográficos más recientes de Galilea emplean un método más seguro para estimar el número de residentes en una localidad antigua. Para ello, miden el espacio ocupado por sus ruinas antiguas y calculan la densidad de sus sectores habitados, multiplicando el número de hectáreas de la localidad por un número aproximado de personas por hectáreas. De esta manera, arqueólogos y etnógrafos pueden investigar la relación ente volumen de población y área del asentamiento (Reed 2006: 99).

La Galilea también estuvo cerca de centros urbanos no judíos, tales como Cesarea Marítima, la cual se extendía sobre un terreno fértil a disposición, con una superficie de alrededor de 100 hectáreas, y que albergaba a una población estimada entre 20.000 a 40.000 habitantes. Su ubicación geográfica le permitía aprovechar la llanura costera y potenciar el comercio con Egipto aprovechando sus vínculos con las ciudades de Escitópolis, la cual controlaba las llanuras al sur del Mar de Galilea y con el puerto de Tiro (Crossan y Reed 2001: 78-87). Entre estas tres urbes –Cesarea marítima, Escitópolis y Tiro– se lograba delimitar el territorio galileo en forma triangular y, tras la construcción de las ciudades de Séforis y Tiberíades, prácticamente ningún área de Galilea quedó fuera del radio urbano de 25 km de esos nuevos centros urbanos.

En síntesis, la región de Galilea experimentó una evolución urbana a través de las diferentes administraciones que existieron previo a la rebelión contra Roma. Partiendo del reino asmoneo de Alejandro Janneo, quien incorporó la región de Galilea como parte de un reino insular que evitaba el comercio mediterráneo, pero que permitió potenciar al puerto interior de Tariquea o Magdala, para convertirlo en un puerto pesquero que permitiera el monopolio real sobre el Mar de Galilea. La existencia de puertos refleja un importante factor económico en la vida de la naciente Galilea judía y que Aristóteles (Política VII. 6, 1327a) considera fundamental para cualquier *polis*. Además, habría existido una política de inversión por parte de la monarquía asmonea la cual se habría manifestado, según Aviam (2013: 13) es la importación industrial de cultivos de olivo como se evidencia en el poblado vecino de Marisa¹⁴.

¹⁴Con el reino de Herodes el Grande, y el de sus sucesores Herodes Antipas y Herodes Filipo II, se reemplazó esta noción de reino aislado en torno a la región de Galilea, abriéndolo al comercio mediterráneo por medio del puerto de Cesarea Marítima, lo que permitió incursionar en la industria del bálsamo, minas de cobre e impuestos de cultivo en Nabatea, Siria y Asia (Gabba 1985: 160-169). Por último, con la conquista romana, la Galilea se incorporó plenamente al comercio internacional, desarrollando una economía mixta que mezclaba una sociedad agrícola avanzada en base a campesinos, y una sociedad comercial a base de intercambio entre ciudades y uso del transporte marítimo (Oakman 2013: 155). Precisamente, después de la rebelión judía del año 70 d. C., Séforis se convirtió en un símbolo de desarrollo, especialmente porque no se sumó a la rebelión contra Roma, lo cual le permitió acuñar sus propias monedas y aumentar su población de 8.000 habitantes a 14.000 o más habitantes. Gracias a los recursos que ingresaron a las arcas de la ciudad, fue posible pavimentar el cardo y terminar de construir la basílica –que puede considerarse como prueba de la primera introducción arquitectónica romana en Galilea– y el teatro. Así, desde el 68 al 135 d. C., Séforis pasó a convertirse en una ciudad oriental de relevancia (McCullough 2013: 56; Weiss 2007: 400).

3.2 La *chora* de la Galilea de Josefo: entre campesinos y bandidos

Un rasgo característico de la región de Galilea descrita en la *Vita* de Josefo es el aspecto campesino de su población, el cual estaba distribuida a lo largo y ancho de la *chora* de las ciudades galileas. Lo relevante es que el campesinado ha constituido un fenómeno existente a lo largo de la Historia mundial, aunque su estudio antropológico en Historia ha sido desarrollado sólo a partir de estudios post coloniales, que tuvieron lugar después de la Segunda Guerra Mundial por parte de estudiosos como Eric Wolf y James C. Scott (Oakman 2013: 140). En este caso, la Galilea del siglo I d. C. estaba conformada por familias rurales que constituían unidades de producción básica, las cuales dependían, además de la fuerza animal y trabajo físico, del uso de herramientas básicas. Por otro lado, la arqueología corrobora que la mayoría de la población galilea trabajaba en pequeños lotes de terreno no mayores de 0.6 hectáreas (Oakman 2013: 147)¹⁵.

Una aproximación común que se ha realizado históricamente de la relación campo-ciudad en el mundo antiguo, y sobre todo en Galilea, es denominado “modelo económico causante de conflicto agrario”, el cual partía del principio que los problemas agrarios jugaron un papel predominante en la génesis de la rebelión judía contra Roma, por cuanto si la Galilea estaba socialmente articulada a la región de Judea, entonces tales problemas agrarios estaban presentes en ambas regiones judías¹⁶. Bajo esta aproximación, la Galilea de Josefo dependía mucho

¹⁵De acuerdo al mismo autor, la Galilea de la época de Josefo era una sociedad campesina porque cumplía con cinco características fundamentales: la mitad de su producción era agrícola, más de la mitad de la población trabajadora laboraba en los campos agrícolas, su trabajo dentro del territorio era organizado por una administración urbana con un mínimo de 5.000 individuos, dicha sociedad campesina convivía con una población urbana que constituía al menos un 5% de la población total de la región, y la producción agrícola dependía de la producción de unidades familiares. Con estos criterios, Oakman (2013: 148-149) concluye que la Palestina de la época contaba con una población estimada de 500.000 habitantes, el 5% de ella era la élite, es decir, unos 25.000 individuos. La región de Galilea debió contar con unos 175.000 habitantes, de las cuales alrededor de 25.000 vivían en ciudades como Séforis y Tiberíades, lo que debiera significar que, de esos 25.000 ciudadanos, alrededor del 5% (3.500) podían identificarse con la élite de Galilea.

¹⁶De acuerdo a la visión de Oakman (2013: 156), la clave del conflicto tenía relación con la distribución de los productos por parte del patronazgo imperial romano, por un lado, y la estratificación social Galilea, por el otro. Para empezar, históricamente los campesinos galileos practicaban una economía bastante básica de subsistencia y trueque de especies, por cuanto la moneda era una realidad política con limitada utilidad dentro del mundo

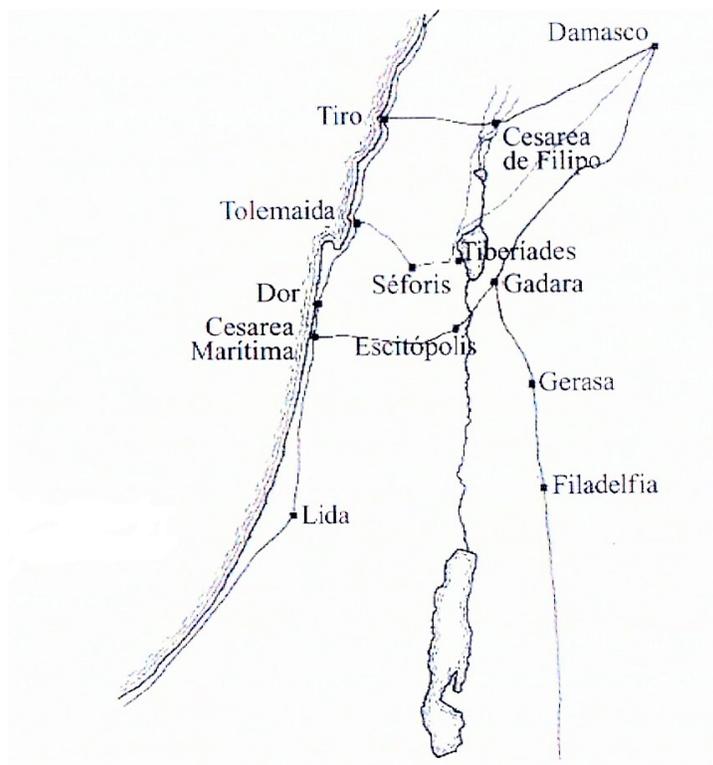


Figura 4: Vías regionales e interregionales de Galilea (Reed 2006: 187).

de la agricultura de subsistencia o de labor asalariada, por lo que el impacto político del patronazgo y su política de impuestos dentro de los sectores agrarios, motivados principalmente por los requerimientos del comercio mediterráneo, repercutiendo negativamente en la cultura y valores campesinos, especialmente sobre la población proletaria o sin tierra (Oakman 2013: 150).

Crossan y Reed (2003: 147-148), por ejemplo, recurren al ejemplo del estilo arquitectónico romano en la ciudad de Séforis para demostrar cómo la *Pax Romana* había llegado a Galilea. Particularmente en la imagen de

campesino, salvo para pagar impuestos, por lo que existía una evasión constante por parte del campesinado. No obstante, cuando campesinos y aldeanos fueron incorporados al sistema de patronazgos romanos, representados por las élites locales en ciudades, estos últimos terminaron apropiándose de los medios de producción del campesinado galileo. Así, el desarrollo económico se centró en las urbes y las autoridades imperiales de la región, mientras que la economía básica y endeudamiento constante pasó a ser cotidianos para el campesinado de Galilea.

aquellos ciudadanos más pudientes que eran conscientes de adquirir los patrones artísticos (frescos, mosaicos y artículos de lujo) propios de la élite del imperio para proyectarlo en sus hogares privados. Según ambos autores, los antiguos reyes asmoneos que eran judíos de cepa, nunca construyeron palacios en Galilea; en cambio, dicha política de construcción comenzó con el rey Agripa quien edificó sendos palacios en Séforis y Tiberíades. Del mismo modo, las élites urbanas de Galilea comenzaron a introducir una marcada estratificación social, por cuanto la ostentación de casas y artículos de lujo servían para destacar el lugar que ocupaban sus propietarios en la jerarquía social judía de la región.

Así, el incremento del lujo y la ostentación tenía su sustento en el incremento de productividad y explotación de las zonas rurales circundantes. En este punto, ambos autores destacan una cita de Josefo (*Vita* 374-384) para reflejar la crisis y el enfrentamiento social entre clases sociales que imperaba en Galilea al comienzo de la rebelión. En dicha cita, sus autores destacaban la repetición de los términos odiar, detestar, destruir y exterminar utilizados por la población campesina de Galilea –denominados por Josefo como “galileos”– para con los habitantes de las ciudades de Séforis y Tiberíades. De acuerdo a ambos autores: “la romanización significaba urbanización, que a su vez significaba comercialización, y, sobre todo a raíz de la fundación de Tiberíades a comienzos de la tercera década del siglo I d. C., el boom económico de la nueva *Pax Romana* golpeó de lleno y de forma irremediable a la Baja Galilea” (Crossan y Reed 2003: 149).

Sin embargo, no todos los estudiosos comparten la visión de Crossan, Reed y Oakman, por cuanto estos investigadores han planteado su análisis con el objeto de fundamentar que la reconstrucción histórica de la Galilea, que ellos presentan, permite ambientar mejor el lugar de origen del Jesús histórico y del cristianismo primitivo como movimiento religioso. En dicha reconstrucción, se trata de fundamentar ciertos principios evangélicos que denotan, por un lado, una separación particular entre ricos y pobres y, por otro, de explotación económica y social por parte de una minoritaria élite gobernante. De acuerdo a Bonnie (2007: 51-52), esto afectaría la interpretación de los datos arqueológicos desde el siglo XIX y sólo se ha replanteado su reinterpretación en los últimos años. No obstante, aquí se evidencia la crítica de Mason, expuesta al comienzo de este artículo, y que ha sido constante en las investigaciones centradas en la Judea romana: partir una investigación histórica bajo una noción preconcebida sobre un tema y buscar corroborarlo de alguna manera hasta que alguien le pruebe lo contrario.

En cambio, podríamos plantearnos la interrogante de si los campesinos galileos vivían en la mejor o en la peor época de sus vidas. Esta interrogante nos conduce a lo que Fiensy (2013: 165) identifica como la disputa clásica entre “modernistas”, que tienden a ver a la Galilea antigua como próspera, según la evidencia arqueológica; y la visión de historia económica de M. Rostovtseff; y la visión “primitiva”, que la ven como un territorio pobre y explotado, de acuerdo a las Ciencias Sociales y la visión histórica y económica de M. Finley. Por lo visto, Crossan, Reed y Oakman optan por la segunda visión, pero consideramos que esta postura adolece, como se planteó, de ser una apreciación más cristiana que judía sobre Galilea. Para empezar, la provincia romana de Judea incluía regiones como Judea, Idumea y Samaria, las que fueron incorporadas directamente a Roma el 6 a.C. La Galilea, en cambio, no estuvo bajo control romano hasta el 44 d. C., pese a ser cultural y religiosamente judía.

Si bien todos estos territorios pagaban impuestos al fisco romano –*tributum soli* (impuesto al suelo) y *tributum capitis* (impuesto de capitación)– los impuestos siempre fueron más fuertes en Judea que en Galilea (Fiensy 2013: 169), porque la Galilea tuvo un reasentamiento más nuevo que Judea y, por tanto, una economía más nueva durante gran parte del siglo I d. C. En otras palabras, la tendencia económica que puede verse progresivamente en un país o región, donde los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres, todavía no había logrado manifestarse en su totalidad en Galilea, como sí aconteció en Judea. Prueba de ello sería comparar, por ejemplo, el nivel de riqueza existente en Séforis con Jerusalén, usando de referencia una gran mansión de Jerusalén (que abarcaba casi 600 m²) con el de una casa aristocrática de Séforis (la cual no excedía los 300 m²). Estos datos arqueológicos pueden usarse como prueba de que la riqueza existente en Séforis era, en general, más moderada que en Jerusalén, y que la diferencia entre clases altas y bajas no eran tan acentuadas como en Judea (Fiensy 2013: 172; Berlin 2005: 465-466).

Según Aviam (2013: 21) dos sitios importantes para comprender la realidad social y urbanística de la *chora* de Galilea durante el siglo I d. C. son las ciudades menores o asentamientos de Jotapata y Gamla. La razón de su importancia radica en que ambas fueron destruidas por los romanos el año 67 d. C., cuando la rebelión judía estaba en apogeo en la región (*Guerra III*. 141-288). Por lo tanto, nos presentan un panorama bastante clarificador de la época, especialmente en lo referido al *chora* de las ciudades galileas. Además, han permitido verificar lo mencionado por Josefo quien señala en sus escritos que amuralló defensivamente alrededor

de diecinueve ciudades, aldeas y villas, entre ellas la misma Jotapata, lo cual ha sido corroborado mayormente por las excavaciones arqueológicas¹⁷. Finalmente, existen muchas semejanzas entre ambas ciudades, pese a que Gamla tenía el doble de tamaño que Jotapata, siendo sus casas construidas, al igual que las ciudades de Séforis y Tiberíades, con piedras de basalto.

Jotapata presenta una construcción arquitectónica derivada de un poblado rural con casas simples, abarcando unos 13 acres donde residía una población de alrededor de 2000 habitantes. Aparentemente, una pequeña comunidad de dirigentes ocupaba la cima del asentamiento y destacaban por sus mansiones con frescos decorados con estilo pompeyano y trozos de estuco en las murallas (Berlin 2005: 449-451). Sus pisos eran cubiertos con fresco conocidos como *opus sectile*, semejantes a otros hallados en la orquesta del teatro de Cesarea Marítima, en los palacios herodianos y en las casas aristocráticas de Jerusalén (Aviam 2013: 23-24). Pese a que la mayoría de las casas excavadas en Jotapata eran más bien modestas, dos casas del área disponían de *miqwaôt* y habían sido edificadas cerca de una prensa de olivos. Esto refleja que los dueños de las casas operaban la prensa y producían el aceite con alto grado de pureza, siguiendo los preceptos religiosos judíos de la época, hallazgo que también estaba presente en Gamla.

Otros vestigios de riqueza fueron lámparas de aceite de múltiples boquillas, los cuales eran considerados objetos de lujo en la época, al igual que una llave de puerta de hierro muy expandido alrededor del Mediterráneo en el periodo romano, la cual debió resguardar grandes riquezas como para disponer de un dispositivo que también era costoso para la época y que, dicho sea de paso, también se encontró en Gamla (Berlin 2005: 435). Además de la producción de aceite, los arqueólogos han identificado dos industrias de producción en Jotapata: vestuario y alfarería. Precisamente, en este sitio se hallaron la mayor cantidad de dispositivos de pesos para telares en toda

¹⁷De los diecinueve asentamientos que Josefo dijo que amuralló, los de Séforis y Giscala fueron realizados por sus propios habitantes. También existen clara evidencia de fortificación en Jotapata, Gamla, Beer Sheba, Monte Tabor y Monte Nimai, además de la cueva sobre el acantilado de Arbel. Del mismo modo, habría vestigios de fortificación en los sitios de Zalmon, Meroth y Qiryat Ata (identificada como la Kafrata mencionada por Josefo). Según Aviam (2013: 31), dicha tarea defensiva no fue hecha por agricultores, sino que fue organizada, financiada y ejecutada por una autoridad central enviada desde Jerusalén, y el único candidato sería el propio Josefo. Esto probaría que la mayoría de la población galilea colaboró con Josefo en las fortificaciones de sus asentamientos, según se desprende de su distribución en el mapa de Galilea: desde el Golan (Gamla y posiblemente Yehudiya) a la Galilea oriental (Monte Nitai), la zona central (Monte Tabor y Beer Sheba) y terminando con la Galilea occidental (Jotapata).

la región durante el periodo romano, reflejando una pujante industria de fábricas de lana, lo cual es también corroborada por la gran cantidad de huesos de ovejas sacrificadas en edad muy adulta.

De acuerdo a Berlin (2005: 420), existían tres lugares de producción casi industrial de alfarería en la antigua Judea: Jerusalén, Galilea y el Golán. En lo que respecta a la alfarería de Galilea, se descubrieron cuatro hornos dentro de un barrio que producía muchas jarras de almacenaje y vajillas de cocina, identificados como del tipo hallado en el sitio de Kefar Hannaya y Shikhin, destacando la gran ventaja que la cerámica producida en Jotapata tenía la cercanía con los mercados de Séforis (Berlin 2005: 421). Dichos centros podían producir hasta 18 formas distintas de cerámicas usadas preferentemente en labores de cocina (Adan-Bayewitz y Wieder 1992: 191-192). Cabe mencionar que dicha industria comenzó durante el periodo romano y se prolongó hasta la época bizantina (siglo V d. C.), siendo la construcción de jarras de almacenaje la más común correspondiente al siglo I d. C. (Adan-Bayewitz y Wieder 1992: 193-194).

Otra industria que parece haber sido desarrollada en Galilea guarda relación con talleres de construcción de vajilla de piedra, de uso indispensable como símbolo de pureza para el judaísmo de la época. Destacan los vestigios de estos talleres encontrados en Gamla, Séforis, Cafernaum y Nabratein (Berlin 2005: 430). La existencia de tantos talleres también reflejaría la alta demanda existente entre la población judía de la región, siendo halladas tanto en casas con recursos o dentro de simples aldeas periféricas. Sin embargo, el propio Berlin considera (2005: 431-433) que esta vajilla de piedra no siempre cumplió roles litúrgicos entre la población judía, sino más bien porque la piedra era un material accesible y de un costo poco restringido para la población común de Galilea.

En Jotapata también destaca una particular distribución de monedas. Según Aviam (2013: 22), en las áreas XIV, XV y XIX situados en la cima, el 65 % de las monedas halladas eran helenísticas, el 33 % asmoneas y el 2 % romanas; en las áreas XVI y XI, situados en la pendiente, el 31 % eran helenísticas, 47.5 % asmoneas, el 12.5 % romanas y el 9 % restantes eran de diferente procedencia; en las áreas III y IV, correspondiente al nivel más bajo de la meseta, el 12 % eran helenísticas, el 10.5 % asmoneas, el 37 % romanas y el 59 % de distinta procedencia. La relevancia de las monedas asmoneas, acuñadas en Jerusalén, reflejaría que todavía estaban en circulación interna durante la época de la rebelión judía, quizás como recuerdo de la Época de Oro del reino asmoneo. Las monedas halladas en Gamla, por su parte, demuestran un alto grado de relación entre la vida diaria, las divisas, la

secularidad, el nacionalismo y la santidad. Particularmente porque allí se encontró la única moneda acuñada in situ rememorando la rebelión judía – con la inscripción paleo hebrea *lg'lt* (“para la redención...”) y al reverso *yršlm hq* (“Jerusalén santa...”) – previo al ataque y destrucción romana de la ciudad (Aviam 2013: 35).

Lo interesante es que las excavaciones arqueológicas de los sitios de Gamla y Jotapata –sean consideradas *poleis* o simples pueblos– alojaban individuos con recursos, que habitaban casas con cierta comodidad y bienes de lujo (Berlin 2005: 442). Según Berlin (2005: 449-450), la existencia de frescos murales con motivos naturales y colores en ciertas casas aristocráticas, era un reflejo que algunos judíos galileos se interesaban por la cultura clásica y su particular decoración. Por otra parte, cabe destacar la existencia de industrias como prensado de aceite, manufactura de vestimentas, producción de alfarería y molienda de harina (Berlin 2005: 428). Ello corroboraría que los habitantes de estos asentamientos no dependían de cultivos de pequeñas parcelas, sino que estaban comprometidos en un comercio vigoroso con otras villas o ciudades del entorno. El análisis de los terrenos que rodeaban Jotapata revela, según Aviam (2013: 28), que la mitad de la tierra no era arable por su carácter rocoso y la falta de terrazas; mientras la otra mitad fue usada para pasturaje. Por otra parte, en Jotapata existieron gran cantidad de cisternas que recolectaban aguas lluvia al no existir manantiales naturales en el territorio (Aviam 2013: 27-29).

Por tal razón, Aviam (2013: 29) considera que la arqueología no puede confirmar la imagen de campesinos “hambreados” como fidedigna para retratar a los antiguos galileos previo a la rebelión contra Roma. Es más, Aviam (2013: 44) considera que los habitantes de Jotapata dan la impresión de pertenecer a personas que calificarían de clase media a clase alta, y que las últimas no se limitaron a vivir sólo en ciudades, sino que también en pueblos y villas. Por su parte, Fiensy (2013: 173-174) sostiene que podría debatirse si en Galilea preponderaba una economía tributaria o una economía de mercado (o posiblemente una mezcla de ambas), pero la evidencia arqueológica tiende a socavar las visiones “pesimistas” sobre la vida común de los habitantes de Galilea, quienes tenían acceso a bienes y, aunque no hay muchos estudios concretos al respecto, aparentemente poseían un alto nivel de nutrición y longevidad.

En Galilea también existían una mayor cantidad de industrias que en Judea y ello implicaba necesariamente intercambio comercial, particularmente porque se producía mucho más de lo que se consumía. Como señala Fiensy (2013: 175), las ciudades de Galilea y sus élites no

explotaban a sus campesinos que vivían en la *chora*, sino que le entregaban oportunidades para intercambiar sus bienes y mejorar sus oportunidades económicas. Las aldeas y villorrios, por su parte, no sólo realizaban tareas agrícolas, sino también industriales, lo cual debió haber mejorado su calidad de vida. Por ende, en Galilea no se cumpliría el principio de ver a la gente más pudiente viviendo en ciudades y los campesinos pobres en villas o aldeas.

McCullough (2013: 49) tiene un planteamiento semejante, al sostener que las primeras etapas de urbanización en Galilea ayudaron a vigorizar, más que debilitar, la economía rural de la región. En su análisis arqueológico, McCullough establece un paralelo entre la naciente ciudad de Séforis en el siglo I d. C. con la evidencia encontrada en un pequeño poblado de Khirbet Qana. Ésta representa un poblado con una evolución económica semejante al de Jotapata, y donde los hallazgos de cerámicas y monedas en el poblado sugieren un patrón de complementariedad entre el desarrollo industrial y los contornos de una integración cultural y económica en la región de la Baja Galilea, la cual, paradójicamente, se beneficiaron con la llegada de Roma y sus estructuras urbanas. En este alcance, la excavación arqueológica de la villa de Khirbet Qana sirve para tener una aproximación de las dinámicas campo/ciudad de la Galilea romana vista desde una perspectiva rural, aprovechando su cercanía con la misma Séforis.

Khirbet Qana corresponde a un sitio de siete hectáreas, poblado desde la época helenística (siglo IV a. C.) o de principios de la ocupación romana, de acuerdo a la evidencia de las cerámicas rescatadas en el lugar (McCullough 2013: 58-59). El número de habitantes se calcula en 1.200 individuos, siendo mencionado por Josefo (*Vita* 86) como un villorrio desde donde permaneció por un corto tiempo. No existe evidencia que Khirbet Qana participara en la rebelión contra Roma, ni tampoco vestigios de haber sido atacada o destruida por las tropas de Vespasiano, como sí aconteció con su vecina Jotapata. Al igual que en Gamla y Jotapata, es factible identificar en Khirbet Qana áreas domésticas y estrategias para adaptar la topografía del terreno y aspectos que permiten identificar diferenciación económica e identidad étnica y religiosa dentro del poblado, tales como la posible existencia de *miqwaôts* y edificios públicos (¿sinagoga?) del siglo I d. C. (McCullough 2013: 62).

La arqueología corroboraría que el villorrio había diversificado sus actividades económicas más allá de la agricultura, desarrollando ciertas actividades industriales, tales como palomares (*columbaria*) y producción de vidrios. Se ignora si los bienes producidos en Khirbet Qana fueron sólo para consumo local o fueron destinados, en parte o en su totalidad, para ser distribuidos fuera del villorrio. Posiblemente, en abierto contacto con otros

asentamientos, como Jotapata, formando una coherente unidad económica de complementación de productos. Situación que podría confirmarse si se toma en cuenta la inexistencia en la época previa al estallido de la rebelión, de rutas importantes que conectaran a estos villorrios con las ciudades o poblados principales, restando sólo de senderos interiores que facilitaban las conexiones entre villorrios y pueblos (McCollough 2013: 65 y 67).

Con respecto al fenómeno del bandidaje galileo, mencionado repetidamente por Josefo en *Vita* como una característica social de Galilea, presenta el problema de convertirse en una paradoja para un territorio relativamente próspero en recursos y producción económica. De hecho, Horsley (1999: 78-79) considera que los grupos de bandidos constituían la principal fuerza en Galilea antes de la reconquista romana, apoyándose en el testimonio de Josefo sobre el número de ellos en Galilea al comienzo de la rebelión (*Vita* 28). El propio Josefo llegó incluso a enrolar “bandidos” como soldados y guardaespaldas cuando las circunstancias en Galilea lo requerían (*Vita* 77), al no disponer de los medios para disolver o desarmar dicho ejército de bandidos. También muchos de los líderes de bandidos galileos podían verse como figuras populares y que, bajo ciertas circunstancias, las autoridades de la época o reprimían brutalmente u optaban por llegar a ciertos acuerdos de convivencia con ellos (*Vita* 97)¹⁸.

No obstante, tanto la piratería como el bandidaje en la época antigua eran males endémicos en todo el mundo mediterráneo y no sólo de Galilea. Hengel (1989: 27-34), por ejemplo, desarrolla un extensivo excursus donde retrata el fenómeno del bandidaje antiguo en Roma y en la Franja Siropalestina. Sin duda, el bandidaje endémico de Galilea podía ser una expresión de estallido social en ciertos periodos de crisis económicas, pero no parece haber derivado a una revolución política o de “bandidaje” social como se expresa en las obras del historiador social inglés Eric Hobsbawm, o el de las grandes revueltas que acontecieron en Jerusalén al final de la revuelta contra Roma. De acuerdo a Horsley (2011: 99), el bandidaje en Galilea podía tener una importancia social, en contraste con Judea, donde era asociado a

¹⁸La evidencia entregada por Josefo (*Vita* 104-111), demostraría que los mismos grupos de bandidos podían ser comprados acrecentando el soborno, en este caso, por parte del propio Josefo. En otras situaciones, los grupos de bandidos formaron alianzas con otros elementos rebeldes o hicieron causas comunes con el partido proletario de Tiberiades, conducido por Jesús ben Saphias y grupos de insurgentes de campesinos galileos (*Vita* 35, 66 y 132-148). No obstante, Horsley (1999: 79) considera que había diferencias, sociológicamente hablando, entre los bandoleros que combatieron durante la rebelión en Galilea, con respecto a los campesinos rebeldes de Judea que actuaban como bandidos en sus escaramuzas y guerrillas durante toda la rebelión contra los romanos.

otros fenómenos de radicalismo, extremismo religioso o terrorismo urbano como el de los *sicarii* o sicarios que asesinaban a enemigos políticos en Jerusalén durante el inicio de la revuelta contra Roma (*Guerra* II. 254-257). En Galilea, en cambio, los asesinatos llevados a cabo en las ciudades durante la rebelión contra Roma, se limitaron meramente a la matanza de gentiles en ciudades judías, por un lado, y de judíos en ciudades griegas, por el otro (*Vita* 26 y 46-61). No obstante, el propio Josefo parece haber utilizado a algunos de estos *sicarii* como simples escoltas durante los incidentes en que él se vio envuelto en Galilea (*Vita* 293).

4 El concepto de *ethnos* en el mundo antiguo

Otro concepto básico en la Antigüedad, usado reiteradamente por Josefo para identificar al pueblo judío, es la palabra griega *ethnos*, un término que ha servido para crear el neologismo de etnicidad acuñado por las ciencias sociales a partir de las décadas de 1920-1950 en variados estudios antropológicos (Lemche 1998: 16)¹⁹. No obstante, en el caso de Josefo, es imprescindible tratar de entender dicho concepto en su sentido original o caeríamos en lo mencionado por Mason (2016: 98) que discutir el antiguo

¹⁹Desde la época de Hecateo de Mileto (500 a. C.) hasta la época bizantina con intelectuales como Estéfano de Bizancio (500 d. C.), se utilizaron la palabra *ethnos* y su plural *ethne* en forma recurrente cada vez que escribían sobre pueblos extranjeros y sus particulares hábitos, leyes, cultos y costumbres. Todo ello como testimonio del interés que dichos pueblos despertaban en la imaginación de los griegos antiguos. El caso más notorio fue Heródoto quien entregó descripciones clásicas sobre pueblos no griegos como los egipcios (*Historias* II. 2-182) y escitas (*Historias* IV. 5-82), adoptando una fórmula recurrente que examinaba los orígenes (sea indígenas o migrantes), su situación geográfica (entorno natural y fenómenos extraños), leyes, costumbres y tradiciones (reflejadas en estructuras sociales, instituciones o prácticas diarias) y el pasado definido (con sus grandes gobernantes y logros particulares) de cada *ethnos*. Del mismo modo, intelectuales como Aristóteles, Platón, Polibio, y el propio Heródoto, asociaban mucho el medio geográfico, o la naturaleza, para definir las personalidades de algunos pueblos y así explicar su carácter o grado de evolución de su sociedad, creando verdaderos estereotipos de los pueblos que no pertenecían al mundo heleno. Con las conquistas de Alejandro Magno en el siglo IV a. C., y la difusión del helenismo, se renovó el interés de entender a los pueblos no griegos por medio de cortesanos adjuntos a las cortes de los reinos helenísticos. Ellos eran originarios de sus respectivos pueblos, pero que habían adoptado la lengua y la escritura griega para balancear la etnografía griega y las categorías estándar del *ethnos* griego, pero asimiladas por personas deseosas de contar la verdad sobre sus respectivas culturas a los griegos. Ejemplo de ello fue Manetho en Egipto, Beroso en Babilonia y, en el futuro, el propio Josefo en Judea.

mundo con los lentes de la etnicidad de nuestra época es “comparable a preguntarse sobre terroristas, separatistas o socialistas en la antigüedad”. Por lo tanto, nuestra indagación no es sobre etnicidad sino sobre *ethnos* y las implicaciones de dicho término antiguo en la época de Josefo²⁰.

Tanto griegos como romanos desarrollaron categorías básicas para clasificar la tierra habitada (*oikoumene*), incluyendo a un pueblo o nación (*ethnos*), la tribu (*phyle*) y la línea ancestral (*genos*). Cada *ethnos* tenía costumbres, convenciones, leyes y rituales ancestrales; además de relatos sobre sus orígenes (sea *nomoi*, *ethne*, *patria*, *nomina*, *hiera* o *mythoi*), a menudo vinculado con un legislador (Lemche 1998: 11). Un *ethnos* poseía una vinculación a una ciudad capital (*metropolis*), en la cual se concentraba la máxima expresión del *ethnos* nacional, sea mediante un calendario, festivales, ciudadanía, estructura cívica, derechos ciudadanos y, por último, dentro de la ciudad capital se adoraba a una divinidad particular con sus sacrificios del caso (Mason 2016: 107). De todo lo anterior, puede deducirse que la palabra *ethnos* fue un término altamente maleable, al igual que el de *polis*, y no uno que significara algo específico y definitivo (Lemche 1998: 8-9 y 19-20).

Por tal razón, pudo representar, en sus primeras concepciones, los habitantes de una ciudad o *polis* y su territorio (atenienses, mesenios o lacedemonios), poblaciones regionales más extensas (beocios, argivos, tesalios, etc.), la principal *ethne* interregional (dorios, jonios, aqueos o eolios) o grandes grupos nacionales (persas, egipcios, judíos o helenos). Pese a ello, la evidencia de los autores clásicos, como Heródoto, permitiría sostener que las fronteras entre *ethne* nunca fueron consideradas impermeables, asumiendo que las migraciones humanas implicaban también la creación de nuevas *ethne* derivadas de las más antiguas pero absorbiendo nuevas influencias. Como ejemplo clásico puede considerarse a los espartanos quienes eran considerados por Heródoto como una rama de los antiguos invasores dorios, dentro de la disgregación etnográfica establecida por este autor en la región del Peloponeso (*Historia* VIII. 73) o en el caso de los pueblos persas y medos (*Historia* VII. 61-62)²¹.

²⁰El interés por pueblos y culturas extranjeras no fue sólo un rasgo de la cultura griega, sino que era compartida incluso por el antiguo Israel, según se desprende la Tabla de las Naciones (Gen 10. 1-32), que el propio Josefo reinterpretó usando la etnografía griega (*Antigüedades* I. 122-129). No obstante, parece ser que los antiguos griegos persiguieron dicho interés en forma mucho más profunda, aunque carecían del sentido científico que hoy podría darse desde las ciencias sociales.

²¹El interés por pueblos y culturas extranjeras no fue sólo un rasgo de la cultura griega, sino que era compartida incluso por el antiguo Israel, según se desprende la Tabla de las

4.1 El *ethnos* galileo, ¿identidad judaica o autóctona?

El origen del pueblo galileo fue relacionado en un principio, según las corrientes de investigación de A. Alt y R. Horsley, con las desaparecidas tribus de Israel del siglo VIII a. C., aunque en la actualidad dicha postura fue descartada por los hallazgos arqueológicos (Reed 2006: 57). Según el estudio de poblamiento realizado por Mordechai Aviam en el norte del moderno Israel, la región de Galilea cayó en un abandono demográfico después de la destrucción del reino de Israel por los asirios el 722 a. C., especialmente entre los siglos VII y VI a. C. Situación que sólo comenzó a cambiar durante la época helenística, cuando comenzaron a fundarse las primeras *poleis* por toda la periferia de Galilea, mientras que la región en sí permaneció demográficamente estancada y con un carácter netamente campesino (Reed 2006: 59). No obstante, en este punto existen algunas diferencias entre los especialistas respecto al impacto que la helenización de la región tuvo para los habitantes locales de Galilea en sus orígenes. Posteriormente, la anexión asmonea de Galilea coincidió con el aumento del número de asentamientos y un crecimiento general de la población de la región (los futuros “galileos” de Josefo)²².

De la población de Galilea también se sostiene que guardaban diferencias con los judíos por ciertas regulaciones religiosas y que les disgustaba enviar el diezmo al Templo de Jerusalén, por sentirse explotados por las élites adineradas de Jerusalén. Además, los galileos se caracterizarían por ser una población más radicalizada y hostil a los ricos, a los griegos, a los romanos, a los sirios e, incluso, era contraria a la población judía de otras localidades (Reed 2006: 78-79)²³. A este problema también contribuyó el propio Josefo

Naciones (Gen 10. 1-32), que el propio Josefo reinterpretó usando la etnografía griega (*Antigüedades* I. 122-129). No obstante, parece ser que los antiguos griegos persiguieron dicho interés en forma mucho más profunda, aunque carecían del sentido científico que hoy podría darse desde las ciencias sociales.

²²Los datos entregados por Raynor y Meshorer (1988) en el *Meiron Excavation Project* estableció en Galilea un salto de 0 a 10 localidades, en una muestra de 20, mientras que en la Alta Galilea llegó a 39. Esta situación que se acrecentó aún más en la época romana temprana, sobre todo si se compara dicho periodo con el del helenístico tardío, específicamente con los fragmentos de cerámicas y también en el hallazgo de monedas cuyo número varió desde 100 (periodo helenístico tardío) a 3.000 (periodo romano temprano).

²³De acuerdo a Horsley (2011: 87), Galilea siempre fue un territorio independiente de Jerusalén por siglos y, por tanto, no compartió siempre las mismas tradiciones. Por ello, este autor señala que hay que considerar siempre lo que en antropología se señala como “gran tradición” versus la “pequeña tradición”. Un ejemplo es la historia de la rebelión de los Macabeos, la cual constituye una tradición que no habría sido compartida plenamente

con sus escritos, porque él siempre se refirió a los galileos de una manera ambigua. Por un lado, se refería a ellos como distintos a idumeos, itureos y samaritanos, a quienes identificaba como no judíos o judíos a medias; por otro lado, tendía a considerar a galileos y judíos “como distintos, remarcando sus diferencias geográficas y omitiendo su etnicidad común, lo cual suponía tergiversar su herencia común y oscurecer sus conexiones históricas” (Reed 2006: 90)²⁴.

No obstante, la evidencia arqueológica corrobora la fidelidad de los galileos hacia las autoridades políticas judías en Jerusalén, y que compartían las mismas creencias y escrúpulos religiosos de los demás judíos de la época. Por ejemplo, la arqueología corrobora la existencia de un gran número de baños rituales (*miqwaôts*) en todo el territorio de Galilea, distribuidos en ciudades, villas e incluso en granjas y caseríos (Berlin 2005: 451-453). También la existencia de las mencionadas vajillas de piedra –los cuales, según las creencias judías de la época eran inmunes a las impurezas– en diversos sitios galileos, además de contar con la capacidad local de disponer de talleres para su fabricación masiva (Aviam 2013: 32; Berlin 2005: 429). Otros elementos propios de la identidad religiosa judía de la época del Segundo Templo halladas en Galilea son la existencia de tumbas con nichos para osarios y ausencia total de huesos de cerdo en la dieta de la población (Berlin 2005: 453-457). Cuando convergían estas cuatro características, según Reed (2006: 71) es que hay un claro marcador e la identidad religiosa judía entre los habitantes de una área excavada arqueológicamente²⁵.

en ambas localidades. Si para los judíos de Jerusalén dicho relato podría interpretarse como una tradición de resistencia contra un ocupante extranjero; en la Galilea no podrían haberla adaptado plenamente, por cuanto no existían mecanismos institucionales con las cuales los galileos habrían socializado con las autoridades del Templo de Jerusalén y acatado sus directrices. Otro caso puede verse en la actitud que tuvieron los galileos con sus gobernantes, por cuanto no parecen haber tenido una relación tan hostil con Herodes el Grande y sus sucesores, como sí las tuvieron los judíos.

²⁴Los estudios de Walter Bauer y Emil Shürer, por ejemplo, tendieron a ver a la Galilea como un territorio esencialmente gentil, con un carácter cosmopolita y sincretista que ignoraba las pretensiones centralistas de Jerusalén (Reed 2006: 46-47). Por otra parte, Berlin (2011: 62-65; 2005: 443), parte del análisis de ciertos artefactos arqueológicos hallados en Galilea, como recipientes de cocina de origen romano, que fueron adoptados o incluso manufacturados, en la propia Galilea, pese a su origen extranjero. También en sitios como Gamla y Jotapata se encontraron, como se mencionó, casas con muros pintados como los existentes en Macedonia, Alejandría o Pompeya. Todo ello permitiría deducir que para un habitante de Jerusalén o de Judea, la Galilea seguía siendo una región fundamentalmente mixta religiosa y culturalmente hablando.

²⁵El único punto débil, en cuanto a descubrimientos arqueológicos y su vinculación con la fe judía en la región de Galilea, tiene que ver con la escasez de sinagogas halladas en esta

También puede añadirse un descubrimiento arqueológico interesante sobre la relación directa entre los galileos con la religión judía, que guarda relación con las lámparas de aceite. Según la información de Josefo (*Vita* 74) hubo un incidente cuando los judíos de Cesarea Filipo rehusaron utilizar aceite griego para rituales religiosos judíos, el cual involucraba el uso de lámparas, debiendo obtener el apropiado para su culto a precios exorbitantes por parte del líder revolucionario Juan de Giscala. La explicación de este fenómeno es de tipo religioso, por cuanto las lámparas halladas en Galilea eran fabricadas en Jerusalén y utilizadas para iluminar la tarde previa al *Shabat* o *Erev Shabat*, representando la luz de la *menorah* del Templo de Jerusalén (Aviam 2013: 34-35). De esta manera, pese a que los galileos disponían de los medios para fabricar sus propias lámparas, preferían exportarlas a grandes cantidades directamente desde Jerusalén por la profunda vinculación religiosa con dicha ciudad y su templo (Berlin 2005: 434-436)²⁶. No en vano, según Reed (2006: 46), los galileos siempre vieron en Jerusalén y su templo su *axis mundi* y la peregrinación allí era una práctica frecuente.

Por su parte, los escritos de Josefo dan la impresión que la población de Galilea era propensa a las rebeliones contra la autoridad romana (*Guerra* III. 41-42), siendo por ello la cuna de movimientos extremistas religiosos, como fue el movimiento celota. Josefo menciona que este movimiento habría surgido por una rebelión contra un censo romano en Judea y que fue encabezado por un líder galileo llamado Judas –o, mejor dicho, Judas *el Galileo*– a quien los romanos ejecutaron a sus hijos después de su

región. Según Aviam (2013: 37-41), sólo hay dos sitios en los cuales dichas estructuras fueron halladas: Gamla y Magdala o Tariquea. La sinagoga de Gamla es mucho más grande, construida con sillares de buena calidad y con algunos decorados arquitectónicos, pero sin restos de mosaicos o frescos; mientras que la de Magdala es más pequeña, pero, en cambio, sí es decorada con frescos y mosaicos. Posiblemente, las diferencias entre una y otras fue el resultado de inversión financiera y estatus urbano de cada uno de estos sitios a lo largo del siglo I d. C. Posteriormente, se edificaron más sinagogas en la región, pero éstas serían a partir del siglo III d. C.: Tiberíades (dos), Meiron, Khibert Shema, Capernaum y Horvat ‘Ammudim (Bonnie 2007: 55).

²⁶Tomando de referencia los hallazgos arqueológicos encontrados en Jotapata y Gamla, es factible distinguir tres tipos de lámparas durante el siglo I d. C. Uno de ellas tenía forma de disco y era común en ciudades gentiles, y de la cual sólo se encontró en pequeñas proporciones en estos sitios; otro tipo de lámpara fue manufacturada en la región galilea, con forma de bota y con borde alto, la cual es conocida por ser de tipo “galileo”; y la tercera es de tipo “herodiana”, siendo la más abundante (cerca de un 78% del total encontrado), y la cual había sido fabricada precisamente en Jerusalén.

captura²⁷. En realidad, Josefo identifica a este movimiento como una suerte de “cuarta filosofía” entre los judíos –después de saduceos, fariseos y esenios– y los responsabiliza particularmente, en virtud de su amor a la libertad y su fanatismo religioso, de la catastrófica guerra contra Roma tanto en *Antigüedades judaicas* como en la *Guerra de los Judíos*²⁸.

No obstante, el origen y difusión de este partido judío extremista debió haber sido fuera de la región de Galilea por cuanto, según Hengel (1989: 336), la región donde esta nueva secta fue más popular no parece haber sido Galilea, sino Judea. Además, el censo romano no pudo haberse llevado a cabo en Galilea, puesto que durante el 6 d. C. esta región constituía un territorio soberano bajo el control de Herodes Antipas, por lo que no había sido incorporado todavía a la administración del Imperio romano. Por lo tanto, pese al gentilicio local otorgado al fundador del movimiento *celota*, parece ser que su movimiento rebelde se difundió primero en cualquier zona de Judea, excepto en la Galilea misma. Es factible, entonces, que la asociación que se hace entre este movimiento revolucionario con la región de Galilea radica solamente en el hecho que su fundador nació en dicha región, y que su ideología sólo pudo radicarse en Galilea, cuando sedujo a los seguidores más jóvenes y volátiles de la sociedad galilea de la época (*Vita* 185).

Cabe también señalar que el propio Josefo conoció en su juventud las enseñanzas de un místico en el desierto llamado Bannus (*Vita* 10-12), donde

²⁷Este galileo llamado Judas se habría rebelado contra la autoridad imperial romana después de que Judea, con el destierro de Herodes Arquelao, pasase a ser administrada directamente por Roma. Judas atacó a una guarnición romana en la ciudad de Séforis, convirtiendo a la región de Galilea en el centro de la rebelión contra el dominio extranjero. Entre las razones de Judas estaba su amor a la libertad y a la Ley judía, rechazando al censo que deseaban realizar la autoridad romana de la época (*Guerra* II, 118; *Antigüedades* XVIII, 4-10 y 23-25) que, con propósitos fiscales, había sido decretado en la provincia romana de Judea por el legado romano en Siria, Quirino, en el año 6 d. C. Tal como señala Crossan (1994: 141), “es muy posible que Judas haya propiciado una resistencia pasiva antes que la rebelión activa, aunque esas distinciones sutiles hubieran pasado inadvertidas para los romanos. Fue Josefo, entonces, quien la elevó de idea a secta y a filosofía, de acción no violenta y de incidente pasajero a situación permanente.”

²⁸Pese a ello, es llamativo que Josefo expresa su orgullo por su ascendencia macabea, considerando que esta familia se caracterizó por la defensa y celo por la Ley judía (*Vita* 4). Según Hengel (1989: 155), Josefo trató de excluir en sus escritos cualquier referencia de libros bíblicos que tuviesen un discurso apologético y combativo –como es el caso del libro de Macabeos– para evitar que alguien relacionara al pueblo judío con el mismo sentimiento revolucionario de celo por la Ley judía que utilizaron los rebeldes judíos durante la guerra contra Roma.

abundaba el pensamiento cuasi revolucionario de grupos o activistas políticos judíos en los años previos a la rebelión del año 66 d. C. Por otra parte, ciertos pasajes descritos por Josefo en su autobiografía pueden desprenderse cierto fundamentalismo religioso combativo y militante que caracterizó al movimiento *celota*. Hengel (1989: 285-286) sostiene que ciertos datos aislados entregados por Josefo en *Vita* pueden interpretarse como prueba que la guerra contra Roma fue entendida como una “Guerra Santa” y que la organización de Galilea como una provincia de guerra fue debido a dicho incentivo. Rasgos de dicha actitud *celota* puede verse en ciertos pasajes de Josefo que hace sentido al celo por la Ley judía, tales como la actitud de los rebeldes judíos exigiendo y demandando pureza y exclusión de todo aquel que no era judío en Galilea, llegando al extremo de organizar matanza de gentiles en algunas ciudades como Tiberíades (*Vita* 67) y Gamla (*Vita* 185).

Además, Josefo tuvo ciertos rasgos de celo por la Ley judía cuando se amparó en el resguardo de la Ley (*Vita* 159) para enviar a sus soldados al hogar en *Shabat*, lo que impidió tomar alguna acción contra la rebelión en Tiberíades o la exigencia de la circuncisión para lo no judíos²⁹. De la misma manera, hay ciertas menciones en su autobiografía, al comienzo de la rebelión judía contra Roma, en la cual la asamblea revolucionaria de Jerusalén ordenó, entre otras cosas, destruir el palacio construido por Herodes Antipas en Galilea por cuanto estaba decorado con imágenes de animales, comisionando a Josefo para tal tarea (*Vita* 65-66). Lo llamativo es que esta medida encontró oposición entre los habitantes locales de Tiberíades hasta que el proletariado de la ciudad, soliviantado por un personaje enemigo de Josefo llamado Jesús ben Sophias, saqueó y quemó el palacio (*Vita* 67-69). Pero, como puede verse, esas medidas tomadas a partir del “celo” por la Ley judía parecen haber sido transmitidas por el propio Josefo desde Jerusalén, y no parecen haber sido originarias de Galilea.

Por otro lado, nos enfrentamos a la paradoja que estos mismos celotas no son mencionados en ningún pasaje de *Vita*, a menos que se les quiera identificar meramente como los “bandidos” que Josefo señala reiteradamente en su autobiografía. Aviam (2013: 29-30), por ejemplo, identifica dentro de la sociedad galilea descrita por Josefo a unos pocos partidos o movimientos radicales que podrían ser identificados como los celotas descritos por Josefo

²⁹Josefo menciona un caso (*Vita* 112) en la cual los rebeldes de Galilea exigieron que dos oficiales del rey Agripa II bajo su resguardo debían ser circuncidados, a lo cual Josefo se negó apelando al principio de la libertad religiosa que, aparentemente, regía en la zona de Galilea y, ante la presión de los galileos fanáticos, ayudó a que ambos escaparan secretamente.

en *Guerra y Antigüedades*; a otro grupo de exaltados que siguieron las órdenes de Juan de Giscala; a otro partido revolucionario conformados por los marineros y pobres del Mar de Galilea; a otro grupo que siguió a Justo de Tiberíades; al pueblo que siguió a Josefo; y, probablemente, gente que no se abanderó con ninguno de estos grupos. El gran problema es tratar de dilucidar cuál era el grupo mayoritario en la Galilea al estallar la rebelión descrita en *Vita*. Además, como se señaló, Josefo utilizó en sus escritos el término “galileo” con tal inconsistencia y ambigüedad que muchos investigadores no logran ponerse de acuerdo en su exacta significación (Reed 2006: 48), puesto que en *Vita* podían haber sido campesinos o bandoleros (*Vita* 30, 39, 66, 143, 177 y 351); en *Guerra*, en cambio, fueron todos los habitantes (*hoi galilaios*) de la región.

Debemos considerar que los “galileos” de Josefo, hayan sido campesinos o bandidos, no parecían haber estado mayoritariamente interesados en luchar contra Roma, sino más bien contra las dos grandes capitales de la zona, Séforis y Tiberíades. Aparentemente, si le creemos a Josefo, ello fue debido a que en dichas *poleis* se reunían los tribunales de justicia, los archivos de los recaudadores de impuestos y donde residían los terratenientes. Ello implicaría que el trasfondo de la rebelión en Galilea estaba abocada a una crisis interna y regional, en la que chocaban intereses de las diferentes clases sociales existentes en Galilea; no a una externa y global, donde chocaba el judaísmo de Jerusalén con el aparato imperial romano. El gran problema –si nos centramos exclusivamente en Galilea– es tratar de dilucidar qué tan masivo fueron estos choques entre los estratos o clases sociales en Galilea durante la estancia de Josefo³⁰.

Precisamente, este punto es matizado por Freyne (1979: 412), al señalar la posibilidad que ciertos grupos de galileos pudieron apoyar a Josefo, con una lealtad nacionalista y militante, porque eran enemigos naturalmente a los habitantes pro romanos de las ciudades galileas. Pero dichos segmentos populares galileos nunca fueron especialmente revolucionarios o subversivos, como aconteció con ciertas poblaciones de Judea o Jerusalén. En ello radicó la diferencia de la rebelión entre ambas regiones y el por qué concluyeron

³⁰La reconstrucción de la pirámide socioeconómica en la sociedad galilea, de acuerdo a la evidencia arqueológica, colocaría a los trabajadores de lana, tejedoras y alfareros en la base de la pirámide; los dueños de tiendas y talleres formaban el siguiente nivel socioeconómico; mientras que los dueños de las grandes mansiones urbanas decoradas, sean villas, pueblos o ciudades, donde residían altos oficiales, cobradores de impuestos y familias oligárquicas, conformaban la cima de la pirámide. Cabría preguntarse qué nivel de conflictos pudo haber existido entre los diferentes estratos sociales como para incitar una revolución a gran escala dentro de Galilea (Aviam 2013: 44).

en forma tan diferente. En Judea, la revuelta comenzó en el Templo de Jerusalén y su primer líder fue un aristócrata perteneciente a la clase sacerdotal, extendiéndose “a una revolución social total dentro de una revolución política aún más amplia” (Crossan 1994: 213). En Galilea, en cambio, las noticias de la rebelión desde Jerusalén llegaron tarde y tampoco contó con el apoyo masivo de la población, pese al envío de una delegación sacerdotal desde Jerusalén, en la que estaba el propio Josefo, a organizar la resistencia contra Roma en dicha región³¹.

Bajo esta perspectiva, Crossan distingue entre una “revolución política” y una “revolución social”, donde la primera de ellas no prendió en Galilea; y la segunda fue contenida por Josefo, especialmente cuando logró mediar entre las partes involucradas. En realidad, ninguno de estos conflictos existentes en la sociedad galilea tenía directa relación con Roma (*Vita* 44-45, 341-342), sino que respondían a conflictos internos entre comunidades galileas, que eran mayoritariamente parte de sus respectivas *chora* urbanas y con intereses contrapuestos de diverso origen. Por lo tanto, los bandos o facciones de la población galilea podían atacarse mutuamente dependiendo de las circunstancias, sin necesidad de tomar por asalto ninguna ciudad o *polis* amurallada, sino que limitándose a simples escaramuzas o enfrentamientos menores, aprovechando la cercanía entre un asentamiento y otro³².

Según Mason (2016: 247), el antagonismo inter-*polis* fue lo más común y reiterado entre los asentamientos y ciudades de Galilea, en vez de una

³¹La razón por la cual Josefo fue enviado a Galilea, junto a dos sacerdotes, como delegado de Jerusalén radicaría en que, previa a la rebelión contra Roma, él había sido enviado a Roma a defender a ciertos líderes judíos acusados por las autoridades del imperio. A su retorno a Judea, él pudo ser visto por los revolucionarios judíos como sospechoso de ser cercano a Roma, por ser también miembro de la nobleza sacerdotal y amigo del líder saduceo Jesús ben Gamala (*Vita* 204); a diferencia de su principal enemigo en Galilea, Juan de Giscala, quien era seguidor del líder fariseo Simón ben Gamaliel (*Vita* 190). Posiblemente, si Josefo se reconocía como fariseo a comienzos de su autobiografía (*Vita* 12), pudo deberse a que Josefo era mucho más cercano a los saduceos, pero, después del aplastamiento de la rebelión judía, terminó asimilándose a la única corriente sobreviviente del judaísmo, es decir, el fariseísmo.

³²De acuerdo a Mason (2016: 126), para entender el brote y extensión de la rebelión judía contra Roma hay que considerar que uno de los líderes de la rebelión mencionado en *Vita*, Juan de Giscala, vivía a 10 km de Kedesh, una villa que era parte del *chora* de la ciudad portuaria de Tiro. Ésta ciudad tenía antiguos conflictos con Jerusalén, reflejados en las tensiones entre Giscala y Kedesh. Igualmente, la *polis* judía de Tiberíades tenía un *chora* lindante con la de Escitópolis, 45 km al sur de Hippos, permitiendo el surgimiento de figuras revolucionarias en Tiberíades, deseosos de soliviantar conflictos entre sus pares locales de Gadara e Hipo (*Vita* 42).

lucha organizada en conjunto de toda la región contra el imperio romano. Lo anterior es corroborado por el mismo Josefo, si establecemos el número de incidentes violentos en Galilea mencionados en *Vita* –del cual el más famoso y citado fue la quema del archivo en Séforis (*Vita* 38-42) y el ataque a la misma ciudad (*Vita* 373-380)– comparados con los eventos mencionados por Josefo en Judea, los cuales fueron más reiterativos, violentos y frecuentes (*Guerra* II. 426-428, 652; IV. 140-245, 315, 327, 335, 358; V. 309, 439-441, 527-532). Bajo esta perspectiva, Crossan y Reed (2003: 236-237) sostienen que el mérito de Josefo no fue enfrentar a Roma en Galilea, puesto que él no estaba capacitado militarmente para enfrentar a las legiones romanas, ni tampoco sostener por largo tiempo un sitio dentro de una ciudad. El único mérito de Josefo en Galilea fue evitar un enfrentamiento abierto entre las clases sociales judías, en medio de la anarquía súbita surgida en Galilea antes los hechos de Jerusalén.

Así, Josefo evitó los enfrentamientos surgidos espontáneamente en Galilea entre los campesinos y las élites; entre los terratenientes urbanos y los bandoleros rurales; entre líderes locales y comunidades alzadas; y entre ciudadanos de la respectivas *poleis* con minorías con derechos limitados. En realidad, Josefo sólo logró evitar que los diferentes grupos exaltados de galileos se matasen momentáneamente entre sí, por lo menos hasta que llegaran las legiones romanas de Vespasiano y los eliminara a todos juntos en los sitios de Jotapata y Gamla³³. Pero también cabe la interrogante, planteada a partir de la evidencia del propio Josefo (*Vita* 30, 107, 373-377), si él o las autoridades de Jerusalén habrían incitado a propósito dichos resentimientos (*Vita* 30, 39, 177, 384 y 392), con el objeto de hacerse del poder en Galilea e incorporarla a la rebelión contra Roma. Ahora cabría interrogarse si se puede probar esta hipótesis.

³³Los sitios y las batallas de Jotapata y Gamla fueron descritas exhaustivamente por Josefo en *Guerra* III. 141-339 y *Guerra* IV. 1-83. Por otro lado, Josefo mencionaba reiteradamente el amurallamiento defensivo de ambos sitios, al mismo tiempo que destaca que fueron lugar de refugio de los elementos más exaltados de Galilea en *Vita* 11, 24, 35, 37, 58-61 y *Vita* 188, 234, 332, 350, 357 y 412-414, respectivamente. Lo llamativo es que Jotapata parece ser el único asentamiento que organizó una resistencia abierta contra las legiones romanas; mientras que el pueblo o ciudad de Gamla se mantuvo leal a Roma mientras estuvo en manos del rey Agripa II, volcándose a la revuelta sólo después de ser ocupada por los refugiados rebeldes y sus familias.

4.2 El preámbulo étnico de Galilea: *excursus* sobre la rebelión contra Roma

Los judíos del siglo I d. C. habían formulado diferentes caminos para enfrentar la presión política de potencias extranjeras, pero no todas ellas involucraban rebeliones armadas. Por tal razón, como se ha expuesto, se ha especulado que la revuelta del año 66 d. C. en Galilea fue esencialmente una lucha étnica entre judíos con la población gentil de las ciudades vecinas o, en su lugar, una lucha de clases entre judíos por las disparidades económicas, lo que habría provocado estallidos sociales de las clases bajas quienes atacaron los palacios o centros administrativos donde se resguardaban los archivos de deudas. Pero, de acuerdo a Goodman (1990: 40), ello fue desde sus orígenes una acción incitada, curiosamente, por la clase dirigente judía como estrategia de sumar adeptos para que luchasen contra Roma. Esta paradoja ha motivado a Goodman a señalar (1990: 41) que la clave para entender el estallido de la rebelión judía contra Roma, y sus repercusiones posteriores en Galilea, radica en estudiar la responsabilidad de la clase aristocrática judía en dichos eventos.

Es necesario recordar que Roma tendió gobernar a sus provincias por medio de las élites locales existentes en sus provincias, a quien se le confió recaudar tributos a su pueblo y rendir cuentas al imperio por medio de censos y cobrar impuestos. También se les confió preservar el orden social, informando al gobernador romano sobre las condiciones locales, especialmente en lo respectivo a rebeliones (Goodman 1990: 42). Pero, en el caso de Judea, parece ser que dicha política no se cumplió cabalmente, porque la élite aristocrática y sacerdotal judía en Jerusalén fue la que incitó la rebelión y la que envió al propio Josefo a Galilea a supervisar y organizar la resistencia contra Roma. Sólo después de la caída de Galilea, la responsabilidad de la rebelión judía pasó de las clases superiores a las clases inferiores, y Josefo fue el principal defensor y propagandista de dicha postura (*Vita* 21-28, 73, 77-80).

La razón que habría motivado la reacción de la clase aristocrática judía, fue la actitud de las autoridades romanas quienes le habrían retirado previamente su autoridad local, antes del año 66 d. C., por cuanto no habían sido capaces de preservar el orden en Judea en nombre de Roma, y menos de entregar su apoyo al gobernador romano como era debido. De hecho, cuando estallaron rebeliones en Cesarea y Jerusalén, los romanos no dudaron en crucificar a sus incitadores, que resultaron ser judíos de alta posición quienes poseían, según Josefo, la ciudadanía romana de orden ecuestre (*Guerra* II.

308). Podría señalarse que ni los romanos ni el pueblo llano judío confiaban en la clase dirigente o la aristocrática sacerdotal judía (Goodman 1990: 44). Cabe indagar ahora por qué ni Roma ni el pueblo llano confiaban en los aristócratas o clase dirigente judía proveniente de Jerusalén, a la cual pertenecía el propio Josefo.

Una explicación simple sería porque el pueblo llano los veía como colaboradores del poder extranjero. No obstante, Goodman cree que la clave radica en que la posición aristocrática de ellos no fue conferida por los mismos judíos, sino que respondían a las categorías otorgadas por los romanos para gobernar en nombre de ellos³⁴. Para empezar, la clase dirigente judía que los romanos encontraron en la provincia de Judea no era una clase terrateniente consolidada con el tiempo, ni tampoco eran líderes espirituales o guerreros que pudiesen haber sido convertidos en élite. Si bien había existido una dinastía judía asmonea, ésta ya había sido removida de su poder y de sus tierras por Herodes el Grande, quien a su vez era un rey de origen extranjero, converso al judaísmo y designado por Roma.

Por lo tanto, al momento de la conquista romana, no era factible identificar familias aristocráticas asmoneas vigentes o legítimas durante toda la época en la cual Judea pasó a ser provincia romana. Más bien, los terratenientes judíos existentes debían su posición al patrocinio de Herodes el Grande, quien los había apoyado, precisamente, porque no tenían ningún lazo con las antiguas y tradicionales familias sacerdotales y aristocráticas judías y, por tanto, no constituían amenaza para el propio Herodes (Goodman 1990: 46). Por otro lado, en asuntos importantes de Estado, Herodes se apoyó en sus cercanos que no eran judíos, tales como los comandantes de su ejército y sus cortesanos eunucos, excluyendo a los

³⁴Según Goodman, los romanos veían a otras sociedades en término de categorías familiares a los que poseían en su propia sociedad, por lo que cualquier tipo de alianza con otros Estados por medio de relaciones diplomáticas, podía entenderse por Roma como un equivalente a sumisión. Para lograr dicho objetivo, los romanos entregaban su apoyo a las élites de dichos Estados, como la aristocracia etrusca o las oligarquías griegas, las cuales eran similares a las propias y permitían buscar acuerdos entre sí. En este caso, los romanos identificaban a una élite extranjera partiendo de un estatus bastante complejo, por cuanto los aristócratas romanos eran líderes en la guerra, la religión y la promulgación de nuevas legislaciones. El derecho a pertenecer a dicho grupo dependía de su buena cuna y de su *virtus* pero, en esencia, el principal criterio de aquellos individuos con poder era poseer riqueza. Cabe señalar que la riqueza sola en la época romana no confería poder, pero el poder sin riqueza era inimaginable (Goodman 1990: 44-45).

judíos en su corte, salvo algunos de origen idumeo que eran conversos como él³⁵.

Todos estos elementos constituían la supuesta élite con la que pactó Roma para la administración de Judea desde el año 6 d. C., creyendo que, pese a los conflictos inherentes de su origen espurio, dicha élite lograría con el tiempo obtener una pátina de respetabilidad ante el pueblo judío, como importantes terratenientes con derechos sobre sus coterráneos. El problema es que los criterios sobre propiedad de riqueza en Judea diferían notoriamente con los de Roma. Ambas culturas compartían, como muchos pueblos de la Antigüedad, que la edad y la ascendencia distinguida merecían respeto. En el caso judío, ello se manifestaba en el hecho que sus sacerdotes rememoraban sus genealogías en archivos (*Vita* 6), pero diferían de los romanos en atribuir estatus social a los estudiosos expertos en la Torá hebrea, sea cual fuese su edad y procedencia, lo cual prueba que en Judea no existía una sociedad cerrada de castas³⁶.

En cambio, los romanos podían reconocer el esfuerzo intelectual de un individuo, especialmente en el campo de la retórica y la filosofía, como vehículo para la promoción social en el siglo I d. C., pero no eran antecedentes para llegar a ser parte de la élite sin despertar desconfianza entre la clase dirigente (Goodman 1990: 47). Entre los judíos, por contraste, la interpretación de la Torá hebrea permitía el ascenso social sin encontrar tal

³⁵Herodes, quien era un idumeo y se sentía identificado con este pueblo, los consideró como sus súbditos más leales. Después del apoyo idumeo en su lucha contra Antígono, y con el trono asegurado, los consideró un elemento leal que podría servir en su ejército, y los reclutó tanto en tiempos de paz como de conflicto. Ellos habrían sido los únicos judíos, aunque conversos, de la Palestina romana usados por Herodes para ocupar sitios o puestos militares (Stern 1998: 43).

³⁶Unamos también el importante hecho de que Roma apoyaba su administración en el Antiguo Próximo Oriente en las instituciones existentes dentro de las comunidades urbanas autóctonas y contaba con notables locales para hacerla funcionar. Pero esta situación fue más compleja en el caso judío. Para empezar, la zona central de Judea estaba relativamente poco urbanizada exceptuando, como vimos, las ciudades griegas instaladas en la costa y al noroeste en la *Decápolis*, a las que se añadieron en época herodiana algunas fundaciones dispersas. De esta manera, el país estaba dividido en *toparquías*, una docena para Judea, cinco en Galilea y otras tanto en Perea. Dichas *toparquías* conformaban circunscripciones administrativas, de los cuales tenemos poca información y que englobaban aldeas y ciudades, siendo Jerusalén la más relevante. En el seno de cada ciudad y aldea funcionaban consejos locales con un número variable de miembros responsables de la justicia cotidiana y de la interpretación de la Torá, dos actividades inevitablemente relacionadas por constituir la expresión más común de la autonomía judía, pero que tenían escaso o ningún interés de servir a los intereses romanos (Sartre 1992: 391).

hostilidad porque el conocimiento de la Ley judía otorgaba prestigio dentro de una sociedad que consideraba a los sacerdotes como la élite natural de los judíos (*Vita* 1-2). Aunque los romanos utilizaron a algunos de ellos como líderes y administradores del poder romano en Judea a partir del 6 d. C., dicha élite carecía de muchos de los criterios que los romanos consideraban necesarios para definir una élite provincial³⁷.

Bajo esta circunstancia, esta élite de terratenientes apoyada por Roma desde el 6 d. C., no se molestó en evitar sacar más provecho económico de la gran masa del pueblo judío para su sustento. A diferencia de las ciudades contemporáneas griegas, donde era recurrente la práctica del *evergetismo*, dicha práctica fue inexistente durante la administración de esta élite judía impuesta por Roma. Sólo la familia de Herodes el Grande llevó a cabo obras públicas como la renovación del Templo de Jerusalén (*Guerra* I. 401-402), pero la mantención del culto era una obligación para todo el pueblo judío mediante la tributación del medio *shekel* (Broshi 1987: 34), mientras que importantes recursos para el Templo de Jerusalén provino de fuera de la región (Grant 1988: 75). Por otra parte, las familias ricas judías se guardaron sus recursos para sí y gastaban ostensivamente su dinero en sus casas, monumentos y lujosas festividades después de sus funerales (Berlin 2005: 459-460). Todo lo cual era una prueba que esta élite gastaba sus recursos tanto por su prestigio social como para enfatizar su piedad ante el pueblo llano y, al mismo tiempo, mantener su distanciamiento del mismo³⁸.

³⁷Según Goodman (1990: 47-48), esta élite colaboracionista judía no poseía experiencia en el campo militar, por cuanto la mayor parte de los ejércitos asmoneos y herodianos estaban compuestos mayoritariamente por mercenarios extranjeros. Tampoco la élite judía era concedora cabal en la educación o retórica griega –Josefo era un claro exponente de ello– por cuanto la sabiduría para los judíos recaía en el conocimiento de la Torá y no del conocimiento de los filósofos o poetas griegos. No obstante, los romanos preferían delegar el poder sobre la provincia a esta elite artificiosa en vez de dársela a una elite original judía, la cual mantenía su prestigio pese a carecer de riqueza. No obstante, para Roma era un anatema entregarle el poder a una clase dirigente sin riqueza, en circunstancia que ningún texto judío de la época corrobora que el rico tenía derecho al poder sólo por sus recursos.

³⁸Otra manifestación de este dilema entre riqueza y prestigio social en Judea, radica en un grupo entre la población judía cuya principal característica era su riqueza: los *publicani* o cobradores de impuestos. Si bien en otras provincias del imperio, estos funcionarios podían llegar a ser miembros respetables de la sociedad por su riqueza, en Judea carecían de prestigio, según Goodman (1990: 50-51), no sólo porque eran colaboracionistas con el dominio imperial romano o porque tenían malas prácticas económicas contra los más desposeídos. Más bien, la razón de su mala fama radicaba en que ellos representaban el conflicto subyacente descrito: los romanos los consideraron que eran parte de la élite por tener recursos y ser posiblemente terratenientes. Para los gobernadores, los publicanos

En síntesis, los romanos eligieron a los escasos partidarios judíos de Herodes para administrar Judea porque no existían otros candidatos idóneos a ojos imperiales y porque su propiedad de riqueza los calificaba como élite desde el punto de vista romano³⁹. Pero estos judíos carecían de prestigio local, razón por la cual Herodes precisamente había confiado en ellos, y jamás pudieron convertirse en una clase terrateniente como aquellas con que Roma tradicionalmente se había relacionado. Además, al no contar con el apoyo popular, tampoco pudieron controlar los disturbios de la población más rebelde judía y ello los deslegitimó ante la administración romana. Sin el apoyo romano, los aristócratas judíos temieron perder su poder y posición frente al pueblo llano y, para evitar ello, habrían incentivado el sentimiento popular anti romano reforzado por las políticas irresponsables de las autoridades imperiales en la región.

Quizás este proceso descrito por Goodman nos permitiría entender las razones por la que Josefo fue enviado a Galilea y del cuadro general que él nos relata en *Vita*. Pareciera ser que la primera razón fue incorporar una región, tradicionalmente independiente de Jerusalén y de su clase dirigente sacerdotal, y hacerla partícipe del gobierno revolucionario de Jerusalén, aprovechando el vacío de poder al momento de estallar la revuelta contra Roma. Al menos, si se lograba controlar Galilea y el resto del país, se podía llegar a un acuerdo con Roma y demostrar a los romanos que la aristocracia judía de Jerusalén pudo, al menos, mantener el orden del país (Horsley 2011: 92). El gran inconveniente que ni Josefo ni Jerusalén consideraron, es que Galilea no dependía ni reconocía la autoridad de Jerusalén desde la muerte de Herodes el Grande, y que poseía una larga tradición de independencia en los setenta años previos a la revuelta contra Roma, constituyendo un

pasaron a conformar el aparato burocrático y de administración de la provincia imperial, pudiendo escalar posiciones en la misma Roma sin tener ninguna ascendencia entre la población judía, que los despreciaba, por cuanto la riqueza honestamente ganada era vista como deseable, pero el abuso de poder para obtenerla era condenable.

³⁹Existen probablemente diversas razones por la que Augusto decidió mantener a Herodes en el poder y restituirle todos los derechos reales, pero la principal parece ser su habilidad administrativa, su capacidad de superar las crisis y sobrevivir a ellas. Además, fue una política de Augusto el mantener en sus puestos a los antiguos gobernantes clientes nombrados por Marco Antonio, una vez que ellos habían reconocido la autoridad de Augusto. En el caso específico de Herodes, destacaba que su vasto reino estaba situado al sur de la estratégica Siria y era un enclave importante para mantener el corredor palestino unido al sirio. Si se toma en cuenta que la región de Arabia no estaba todavía incorporada al imperio, pese a su importancia comercial, era imprescindible mantener en esa región de Oriente a un aliado potencial y fiel al dominio romano que controlara las correrías de beduinos del desierto (Grabbe 1992: 352).

territorio más aislado del resto de la provincia y su cultura era más híbrida respecto a la romanización que otras regiones de Galilea (Bonnie 2007: 53-54 y 56).

A ello hay que sumar que, durante ese periodo, la población de Galilea ya era regida desde el año 54 d. C. por una larga tradición de gobernantes colocados por Roma como Herodes Antipas, Agripa I y Agripa II. Todo lo anterior explicaría por qué la ciudad de Séforis se negó a aceptar el poder de Jerusalén, representado por la figura de Josefo (*Vita* 123-124), y el por qué prefirió contratar mercenarios entre los bandidos locales para su defensa (*Vita* 104-111). También explica porqué la ciudad prefirió finalmente rendirse ante Vespasiano y acuñar monedas que la identifican como “la ciudad de la paz” (Weiss 2007: 394-395). De la misma manera, explicaría por qué la ciudad de Tiberíades complotó reiteradamente en contra de Josefo como delegado y representante de Jerusalén, a tal grado que el historiador judío tuvo que tomarla por asalto tras reiterados intentos (*Vita* 82, 155-174, 317-335). Además, se explicaría por qué el consejo de notables de Tiberíades se opuso a recibir órdenes desde Jerusalén, tal como se evidencia en la oposición a las órdenes de destruir el palacio real sólo por su decoración mural (*Vita* 64-65).

También explicaría, por último, la oposición hallada en Tariquea donde, pese a ser la base operativa de Josefo (*Vita* 97, 159-160, 276 y 304), tendieron a ver a este “general” enviado desde Jerusalén como un traidor y colaboracionista de Roma (*Vita* 132-138), aparentando cooperar con él sólo cuando las circunstancias fuesen propicias, y buscando asesinarlo cuando se le presentara la primera oportunidad (*Vita* 132-148). Por otro lado, es posible que los judíos más radicales sólo veían en Josefo un claro exponente de la línea moderada judía que buscaba secretamente llegar a un acuerdo con Roma, antes que la rebelión judía se desbocara, lo cual es explícitamente reconocida por Josefo (*Vita* 17-23). Es factible que Josefo buscara quedar bien con ambos bandos, lo cual le granjeó enemistades de los líderes más radicales, como Jesús ben Saphia y el mismo Juan de Giscala, que lo veían más como un oportunista buscador de poder en Galilea (*Vita* 66, 134, 271, 278, 294 y 300).

Algo parecido aconteció en la ciudad de Gabara, mencionada por Josefo (*Vita* 123) como una de las tres ciudades importantes de Galilea, junto con Séforis y Tiberíades, la cual se mantuvo como un centro en abierta resistencia al control de Josefo (*Vita* 82 y 203), al mismo tiempo que tenía enfrentamientos con el poblado de Giscala (*Vita* 44). Precisamente, Giscala era otra ciudad o pueblo situado en una zona clave de la Galilea superior, a lo

largo de la frontera del territorio controlado por Tiro, asociada al principal enemigo de Josefo en Galilea, Juan de Giscala. El conflicto entre ambos personajes radicó en aspectos sobre la autonomía y liderazgo local (Juan de Giscala), por un lado; y el control de la aristocracia sacerdotal de Jerusalén (Flavio Josefo), por el otro (*Vita* 84-96, 123-125 y 368-372). Juan pertenecía a la clase de los comerciantes y debió tener suma importancia para ser conocido por las autoridades de Jerusalén, porque terminó aliándose con la facción opositora a Josefo y, tras la toma de Galilea por Roma, pudo huir a Jerusalén y convertirse en uno de los caudillos de la rebelión, según se detalla en varios pasajes de *Guerra*.

Lo llamativo es la actitud que tuvo Josefo para con el propio Juan de Giscala. Mientras que la descripción que hizo Josefo de él en su primera obra lo describía como un mero “bandido” y “jefe de bandidos” (*Guerra* II. 587-593), en *Vita* no recibe, pese a las diferencias con el propio Josefo, tal apelativo, sino que se le reconoce su intento de moderar a los elementos más exaltado de Giscala y de fortalecer o amurallar su ciudad (*Vita* 43-45). La única razón por la cual nunca pudieron congeniar Josefo y Juan de Giscala en Galilea, era que ambos representaban a una de las dos facciones de la coalición en Jerusalén que estaban en pugna, trasladando dichas diferencias a Galilea. Por tanto, ninguno de ellos estaba en posición de aceptarse mutuamente como aliados dentro del contexto de facciones rivales (Bloom 2010: 234-237). De acuerdo a Crossan (1994: 214), la enemistad entre ambos personajes se debería a que, en muchos aspectos, “son incómodamente parecidos” en lo que respecta a su origen y rol jugado en Galilea.

En este punto, es que la tesis de Goodman se corrobora, cuando (además de Flavio Josefo y Juan de Giscala) le agregamos la figura de Justo de Tiberíades, aquel personaje desconocido y oscuro a quien Josefo descalifica abiertamente y por el cual él se vio obligado a escribir *Vita*. Justo de Tiberíades era, según Josefo, un exaltado y un extremista que buscaba la revolución contra Roma (*Vita* 36-37 y 390-391); quien también trató de escribir una Historia sobre la rebelión judía contra los romanos, pero apelando a falsos testimonios (*Vita* 338-339); quien había llevado a cabo acciones armadas en Galilea, granjeándose el odio de muchos (*Vita* 341); quien también fue perseguido por Vespasiano a raíz de sus actos (*Vita* 342 y 410); y el que debió apelar al rey Agripa, aliado de Roma, para que se le conmutara la pena de muerte con el de prisión (*Vita* 343-344, 355 y 410); tal como aconteció, a su vez, con Flavio Josefo y Juan de Giscala tras rendirse a los romanos en Jotapata (*Vita* 412-413) y Jerusalén (*Guerra* VI 433-434), respectivamente.

¿Qué tienen en común los tres personajes? Los tres estaban vinculados a la clase dirigente, los tres participaron abiertamente en la rebelión, los tres fueron odiados por sus respectivas facciones opositoras judías, los tres fueron derrotados por Roma, los tres tuvieron que apelar a la voluntad de los vencedores y los tres salvaron la vida quizás por el grado de influencia que disfrutaron, en mayor o menor medida, dentro de la corte imperial romana. Al menos, Josefo y Justo quedaron en mejores condiciones para seguir atacándose por el papel que habían jugado cada uno en la rebelión judía como incitadores de la misma. Pero, en el fondo, evidencian que los tres personajes –Flavio Josefo, Justo de Tiberíades y Juan de Giscala– cumplieron con la responsabilidad colectiva de la clase dirigente judía de llevar a su pueblo, por medio de una rebelión popular, a la destrucción total. Al parecer, la tesis de Goodman tiene sustento en el actuar de estos tres personajes.

5 A modo de conclusión

En este artículo tratamos de analizar históricamente la *Vita* de Flavio Josefo, más allá de su mero complemento a su obra más reconocida, la *Guerra de los Judíos*, y de la verificación o no de su relato por medio de los hallazgos arqueológicos. Por ello, planteamos una forma de escenario explicativo centrado en elaborar ciertas interrogantes históricas a partir de elementos enunciados o presentes a lo largo de la autobiografía de Josefo: la existencia de muchas *poleis* y asentamientos menores en Galilea, previa a la rebelión del año 66 d. C.; la definición y particularidad de la etnia galilea frente a esos eventos; y la razón de por qué fracasó Josefo dirigiendo la rebelión en Galilea, tomando en cuenta los dos elementos iniciales mencionados.

En sentido estricto, la misión de Josefo en Galilea fracasó porque se intentó trasplantar un conflicto social, económico y religioso contra el Imperio romano desde Jerusalén a Galilea. El problema es que la Galilea poseía un origen, desarrollo y orden social diferentes al resto del territorio de Judea. En cierta manera, era un “Estado dentro de otro Estado”. Para empezar, debido a su evolución histórica desde el periodo helenístico, pasando al asmoneo y terminando con el romano, la Galilea se vio envuelta en un desarrollo urbano más acelerado y, tomando en cuenta, lo compacto de su territorio, hubo una mejor distribución del espacio de sus *poleis* con sus respectivas *chora*. Ello se manifestó en una complementación y una interacción constante entre la población campesina y su respectiva

producción agrícola, con el medio urbano y su política de desarrollo que involucraba el fomento de la producción industrial y la especialización en las aldeas y villorrios de Galilea.

Este retrato discrepa abiertamente con la visión tradicional que ha considerado al territorio galileo como cuna de revueltas, pobreza generalizada, conflictos contra la autoridad imperial y bandidaje surgida del choque entre las distintas clases sociales. Consideramos que esa es una reconstrucción muy posterior, amparado en los estudios bíblicos del Nuevo Testamento que fundamentaba su reconstrucción histórica a partir del mensaje cristiano sobre la distinción entre ricos y pobres. La evidencia arqueológica permite suponer que esa no era la realidad histórica de Galilea, y si es que hubo enfrentamientos en la región durante la gestión de Josefo que involucró ataques a ciudades y quema de archivos de deudas, éstos pudieron haber sido hechos aislados o, nos atreveríamos a sostener, recursos literarios para lavar la imagen del propio Josefo y del rol que jugó en la Galilea, especialmente frente a los ataques recibidos de Justo de Tiberíades y que motivaron escribir su *Vita*.

Por el lado étnico, no cabe duda que los galileos fueron judíos integrados al modo de ser de los demás habitantes de la provincia de Judea y, particularmente, de Jerusalén. Compartían las mismas creencias y seguían los mismos preceptos que los identificaba religiosamente como judíos. No obstante, pese a las descripciones generalizadas y contradictoria del mismo Josefo, no parecen que hayan compartido el pensamiento revolucionario contra Roma traído por Josefo desde Jerusalén. Puede que haya provocado algunas reacciones y actos violentos internos entre los propios galileos, pero la sociedad galilea finalmente optó por abandonar la revuelta organizada desde Jerusalén y terminó claudicando cuando las legiones de Vespasiano hicieron actos de presencia en Galilea. Es ilustrativo que los principales combates de resistencia ocurrieron en dos sitios, Jotapata y Gamla, siendo uno de ellos un asentamiento que no deseaba combatir a los romanos pero que fue tomado por elementos que sí lo deseaban.

Entre las razones por la cual este discurso revolucionario no prendió en Galilea radica, insistimos, en que no se daban las condiciones sociales de diferencias más extremas entre ricos y pobres que se daban en otras zonas de la provincia. A ello debemos agregar una crítica generalizada que el pueblo llano de la provincia tenía contra sus líderes de la aristocracia sacerdotal de Jerusalén, quienes tampoco gozaban de buena referencia en otras áreas de Judea. Es factible que la cantidad de problemas, rebeliones e intentos de asesinatos que sufrió Josefo, y que nos hace referencia en *Vita*, se debió a

que los propios galileos desconfiaban de él por su pasado aristocrático y por sus intentos de controlar el territorio siguiendo las órdenes desde Jerusalén. Tampoco se descarta que gran parte del relato de *Vita*, que guarda relación al nivel de confrontación que sufrió Galilea durante la gestión de Josefo, haya sido provocada artificialmente por él o por la dirección de Jerusalén, como una manera de soliviantar los ánimos contra Roma.

Por lo tanto, si Josefo deseaba ser, frente al conflicto con Roma, un Tucídides como historiador y un Isaías como profeta, olvidó aprender de la teoría política de un Aristóteles en lo que respecta a la existencia de una clase media que cumplirá el papel de amortiguar el choque entre clases antagónicas (*Política* 1295a – 1295b). Tal como señalaba Aristóteles, la mejor comunidad política era aquella en la que el poder está en manos de la clase media porque confina los extremismos políticos a un papel marginal, da estabilidad y ayuda al crecimiento económico. Como hemos visto, el grueso de la población galilea podía entrar dentro de esta categoría social, si consideramos la evidencia arqueológica sobre la producción económica de su región.

No obstante, ¿Sería una descripción acertada de la realidad social existente en Galilea previo a la rebelión incitada desde Jerusalén? ¿Habrán estado Josefo y los sacerdotes de Jerusalén informados de esta situación y de los riesgos de soliviantar los ánimos contra Roma, dentro de una población que se había desarrollado social y económicamente bajo el imperio? Si fue así, quizás Josefo debió haber sido bastante escéptico sobre el éxito de su misión en Galilea y seguramente habría parodiado la referencia evangélica de San Juan (1. 45-46) para justificar el fracaso de su misión frente a la realidad que encontró en esa región: ¿podía existir algo malo en Galilea para sublevarla contra Roma?

Bibliografía

ADAN-BAYEWITZ y WIEDER, Moshe (1992) “Ceramics from Roman Galilee: A Comparison of Several Techniques for Fabric Characterization”, *Journal of Field Archaeology* 19(2): 189-205.

APPLEBAUM, Shimon (1989) *Judaea in Hellenistic and Roman Times: Historical and Archaeological Essays*, Leiden y Nueva York: Brill Archive.

ARISTÓTELES (2012) *La Política*. Madrid: Alianza Editorial.

AVIAM, Mordechai (2011) "Yodefata/Jotapata: The Archaeology of the First Battle", en: Berlin, A. y Overman, J. (eds.) *The First Jewish Revolt. Archaeology, History and Ideology*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 121-133.

AVIAM, Mordechai (2013) "People, Land, Economy, and Belief in First-century Galilee and Its Origin: A Comprehensive Archaeological Synthesis", en: Fiensy, D. y Hawkins, R. (eds.), *The Galilean Economy in the Time of Jesus*, Atlanta: Society of Biblical Literature, pp. 5-48.

BERLIN, Andrea (2005) "Jewish Life Before the Revolt: The Archaeological Evidence", *Journal for the Study of Judaism in the Persian, Hellenistic & Roman Period* 36(4): 417-470.

BERLIN, Andrea (2011) "Romanization and Anti-romanization in pre-Revolt Galilee", en: Berlin, A. y Overman, J. (eds.), *The First Jewish Revolt. Archaeology, History and Ideology*. Londres y New York: Routledge, pp. 57-83.

BLOOM, James J. (2010) *The Jewish Revolts Against Rome A.D. 66-135*. Jefferson, Carolina del Norte y Londres: McFarland and Company.

BOONIE, Rick (2007) "Cultural Interaction in Roman Galilee", en: Bergmans, M.; Derks, T.; Dorelijers, R.; Van der Veert, K. y Willemsen, S. (eds.) *Symposium voor Onderzoek door Jonge Archeologen*. Gronigen: Stichting Onderzoek Jonge Archeologen, pp. 51-58.

BROSHI, Magen (1987) "The Role of the Temple in the Herodian Economy", *Journal of Jewish Studies* 38: 31-37.

COHEN, Shaye (2002) *Josephus in Galilee and Rome: His Vita and Development as A Historian*, Boston y Leiden: Brill.

CROSSAN, John D. (1994) *El Jesús histórico. La vida de un campesino judío del Mediterráneo*. Buenos Aires: Planeta.

CROSSAN, John D. y REED, Jonathan L. (2001) *Jesús desenterrado*. Barcelona: Crítica.

DOMINGO-GYGAX, Marc (1994) "Evergetismo e historia. Paul Veyne y Philippe Gauthier comparados", *Prometheus* 20: 119-134.

EDMONDSON, Jonathan (2006) "Cities and urban life in the Western provinces of the Roman Empire, 30BC – 250AD", en: Potter, D. (ed.) *A Companion to the Roman Empire*, Massachusetts: Blackwell, pp. 250–280.

FIENSY, David A. (2013) "Assessing the Economy of Galilee in the Late Second Temple Period: Five Considerations", en: Fiensy, D. y Hawkins, R. (eds.) *The Galilean Economy in the Time of Jesus*, Atlanta: Society of Biblical Literature, pp. 165-186.

FREYNE, Sean (2011) "The Revolt from a Regional Perspective", en: Berlin, A. y Overman, J. Andrews (eds.), *The First Jewish Revolt. Archaeology, History and Ideology*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 43-56.

GABBA, Emilio (1985) "The Finances of King Herod", en: *Greece and Rome in Eretz Israel*. Jerusalem: The Israel Exploration Society, pp. 160-168.

GOODMAN, Martin (1985) "The Origins of the Great Revolt: A Conflict of Status Criteria", en: *Greece and Rome in Eretz Israel*. Jerusalem: The Israel Exploration Society, pp. 39-53.

GOODMAN, Martin (1993) *The Ruling Class of Judaea. The Origins of the Jewish Revolt against Rome A.D. 66-70*. Cambridge: University Press.

GOODMAN, Martin (2011) "Current scholarship on the First Revolt", en: Berlin, A. y Overman, J. (eds.), *The First Jewish Revolt. Archaeology, History and Ideology*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 15-24.

GRABBE, Lester (1992) *Judaism from Cyrus to Hadrian. The Persian and Greek Period*, V. I, Minneapolis: Fortress Press.

GRANT, Michael (1988) *The Jews in the Roman World*. Londres: Phoenix Giant.

HENGELS, Martin (1997) *The Zealots. Investigations into the Jewish Freedom Movement in the Period from Herod I until 70 A.D.* Edimburgo: T&T Clarck.

HERÓDOTO (2006) *Historia*. Madrid: Gredos.

HORSLEY, Richard A. y HANSON, John S. (1999) *Bandits, Prophets and Messiahs. Popular Movements in the Time of Jesus*, Pennsylvania: Trinity Press.

HORSLEY, Richard A. (2011) "Power vacuum and power struggle in 66-7 C. E.", en: Berlin, A. y Overman, J. (eds.) *The First Jewish Revolt. Archaeology, History and Ideology*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 87-109.

ISAAC, Benjamin (1985) "Roman Administration and Urbanization", en: *Greece and Rome in Eretz Israel*. Jerusalem: The Israel Exploration Society, pp. 151-159.

JOSEFO, Flavio (1994) *Autobiografía. Contra Apión*. Madrid: Gredos.

JOSEFO, Flavio (1999) *La Guerra de los Judíos*. Madrid: Gredos.

JOSEFO, Flavio (1988) *Antigüedades Judaicas*. Barcelona: Clie.

LIEBNER, Uzi (2009) *Settlement and History in Hellenistic, Roman, and Byzantine Galilee*. Tübingen: Mohr Siebeck.

MCCOLLOUGH, C. Thomas (2013) "City and Village in Lower Galilee: The Import of the Archaeological Excavations at Sepphoris and Khirbet Qana (Cana) for Framing the Economic Context of Jesus", en: Fiensy, D. y Hawkins, R. (eds.) *The Galilean Economy in the Time of Jesus*. Atlanta: Society of Biblical Literature, pp. 49-74.

MASON, Steve (2016) *Orientation to the History of Roman Judaea*. Oregon: Cascade Books.

MEYERS, Eric M. (2011) "Sepphoris: City of Peace", en: Berlin, A. y Overman, J. Andrews (eds.) *The First Jewish Revolt. Archaeology, History and Ideology*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 110-120.

MORRIS, Anthony E. J. (1979) *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la revolución industrial*. Barcelona: Editorial GG.

OAKMAN, Douglas E. (2013) "Execrating? Or Execrable Peasant!", en: Fiensy, D. y Hawkins, R. (eds.) *The Galilean Economy in the Time of Jesus*, Atlanta: Society of Biblical Literature, pp. 139-164.

RAJAK, Tessa (2005) “Josephus and the Diaspora”, en: Edmondson, J.; Mason, S. y Rives, J. (eds.) *Flavius Josephus and Flavian Rome*, Oxford: Oxford University Press, pp. 79-98.

RAYNOR, Joyce y MESHORER, Ya'akov (1988) *The Coins of Ancient Meiron: Meiron Excavation Project*, 4, Indiana: Winona Lake.

REED, Jonathan L. (2006) *El Jesús de Galilea. Aportaciones desde la Arqueología*. Salamanca: Ed. Sígueme.

SARTRE, Maurice (1992) *El Oriente romano. Provincias y sociedades provinciales en el Mediterráneo oriental, desde Augusto a los Severos (31 a. C. – 235 d. C.)*. Barcelona: Akal.

SYON, Danny (2011) “Gamla: City of Refuge”, en: Berlin, A. y Overman, J. (eds.) *The First Jewish Revolt. Archaeology, History and Ideology*. Londres y Nueva York: Routledge, pp 134-153.

VEYNE, Paul (1996) *Bread & Circuses. Historical Sociology & Political Pluralism*. Londres: Penguin Books.

WEISS, Zeev (2007) “Josephus and Archaeology on the Cities of the Galilee”, en: Rodgers, Z. (ed.), *Making History. Josephus and Historical Method*, Leiden-Boston: Brill, pp. 385-414.